



Biblioteca de cultura popular

TOMO XVI.

ISIDRO BENITO LAPEÑA.

Visitando

á mis muertos

(POEMA EN PROSA)



Patronato Social de Buenas Lecturas

BAILÉN, 35. PRAL.—MADRID

OBRA SOCIAL DE LOS PREMIOS

* * PERSONALES. * *

Insértase en este lugar, para edificación de todos y honra de ellos, la relación de buenos católicos que desde la primera insinuación del Patronato Social de Buenas Lecturas han acudido con su dinero para la fundación de premios á las lecturas sanas.

Excmo. Sr. Marqués de Comillas, (Madrid), un premio anual de 500 pesetas.

Srtas. Juana y Rosa Quintiana, (La Coruña), un premio temporal de 1.000 pesetas anuales, en honra de sus finados. Para dividir en dos premios de 500 pesetas en caso necesario.

Excmo. Sr. Conde de Villafuertes, (Vitoria), un premio anual vitalicio de 500 pesetas.

Sra. D.^a Angela D. de Rovera, (La Coruña), un premio temporal de 1.000 pesetas anuales, en honra de sus finados. Para dividir en dos premios de 500 pesetas en caso necesario.

Sra. D.^a Justa Sundheim de Doetsch, (Huelva), un premio temporal de 125 pesetas anuales.

Sr. D. Eusebio Giraldo Crespo, (Medina del Campo), un premio temporal de 1.000 pesetas anuales.

Sr. D. José Ignacio de Urbina, (Madrid), un premio anual vitalicio de 250 pesetas.

Excmo. Sr. Marqués del Sauzal, Villa de Orotava (Canarias), un premio temporal de 250 pesetas anuales, en honra de sus finados padres.

Srta. Marquesa de Villafuerte, Villa de Orotava (Canarias), un premio temporal de 500 pesetas anuales.

Excmo. Sr. Conde de Cirat, (Rentería), un premio temporal de 250 pesetas anuales.

Continúa en la 3.^a página de la cubierta.

Al eminente publicista
Sr. Sr. Marqués de Ben-
vito y Pizarro Albas, dedico
ejemplar, de su modesto libro
en siempre admiración y autor
Cuyo Pedro Benito

ALUMINOS DE

Visitando á mis muertos

[Faint, illegible handwriting, likely bleed-through from the reverse side of the page.]

ES PROPIEDAD

Visitado a mis muertos

Biblioteca de cultura popular

TOMO XVI.

ISIDRO BENITO LAPEÑA.

Visitando

á mis muertos

(POEMA EN PROSA)*



Patronato Social de Buenas Lecturas

BAILEN, 35, PRAL.—MADRID

Biblioteca de Cultura Popular

TOMO XVI

ISIDRO HENITO LARREA

Visitando

6 mis nietos

POEMA EN PROSA



Patronato Social de Buenas Lecturas

BALLEN, 30, PRAL MADRID

VISITANDO Á MIS MUERTOS

CANTO PRIMERO

En el cementerio

Todo se ha de acabar tan presto
que, si tuviéramos la razón des-
pierta y con luz, no era posible
sentir los que mueren conociendo
á Dios, sino holgarnos de su bien.
Santa Teresa (Epistolario.)

Así como el cierzo del otoño arrebató al
arbusto las flores y hojas que ha poco le
prestaban lozanía, y deja al descubierto el
tronco contrahecho de añosas y torcidas ra-
mas, así la vejez nos roba la felicidad de
ayer—velozmente pasada—y descubre, des-
nuda de aderezos, la realidad espantosa de
la vida.

Pero si el invierno, de horizonte helado,
cierra las fuentes de producción á la madre
tierra, en cambio la templada estufa, res-
guardada de congelados vientos é influida

por el fecundo sol, se las abre de nuevo, para que otra vez se engalane con flores, no menos bellas y olorosas que las que tuvo antes.

Lo mismo pasa al cristiano: el hombre creyente, de acendrada fe, que cruza este mundo abrazado al Dios de los perdones y caldeado por el Viático Santo y misterioso, jamás envejece, aunque se haga viejo.

Podrán los años enflaquecer su cuerpo, como el tiempo inclemente ultraja al confiado arbusto...

Podrán emperezar sus energías, y hasta envolverle, todo él, en denso sudario de aislamientos y tristezas, pero no lograrán pungir su corazón...

¡Mientras palpiten, dentro de éste, los vívidos latidos del corazón de Cristo, sus sanos afectos no se cambiarán, ni perderán los anhelos y vigor peculiares del espléndido estío de la vida!...

Le habrán podido abandonar esos menudados contentos exteriores—siempre incompletos y fugaces—de que se paga el mundo; pero, en cambio, cual faro salvador de místicos afectos, le protegerán asisten-

cias y socorros interiores—más duraderos y perfectos—con los cuales alcanza nueva y plácida existencia, en el recuerdo imborrable de sus muertos...

*
**

En la aurora y mediodía de la corta peregrinación sobre la tierra; cuando el mundo se muestra sembrado de flores y caricias, y pródigamente se derrocha el caudal de fantasías y vanas esperanzas—que parece inagotable y prontamente acaba—de tarde en tarde, y siempre á la ligera, suele visitarse el lugar pavoroso donde, los que ayer vivían, hoy duermen el sueño profundo de la muerte.

Pero tan luego como la cruda mano del tiempo surca de arrugas la abatida frente, y en el alma se ahonda ese vacío que, ni viviente alguno, ni el tropel del mundo encubren, ni aciertan á llenar, los piés, el pensamiento y el deseo, nos llevan—casi sin notarlo—á gustar, presurosos, de la indulgente soledad del cementerio.

Entonces, el sepulcro de los seres más allegados nos atrae, como el imán atrae al hierro, y al contemplar, con medrosos ojos, la tumba voraz que los esconde; y, pasmados el pensamiento y el deseo del silencio en que se pierde la efusiva y ascética plegaria, hienden la nube, que vela tanto arcano, y óyese este juicio: *¡Nada es el mundo!... ¡Nada!... ¡Sin virtud todo es vanidad de vanidades!...*

Cuanto más se visita á nuestros muertos, y más se entrega uno á sus ocultas y benignas manos, ellos, agradecidos, más van transformando en muelle lecho de incógnitos encantos aquel duro y mustio suelo, que holla medrosamente el visitante.

Allí el hombre acorta y cifie los deseos y cesan, de improviso, el ansia y sed del mundanal cuidado...

Allí se fortifica, de modo milagroso, el corazón contrito, y se arraiga la fe, que es

la sabia obradora de las grandes maravillas..

Allí se afirma y dignifica la que fue veleidosa voluntad, y el ánimo, desengañado, aprende á ser cuerdo y modesto...

Allí, en fin, el alma se nutre de sólidas verdades, y—como sol que aparece por cima de negras cordilleras—rompe las tinieblas del ocio, de la indiferencia y de la duda, y abre claro ambiente á los fértiles campos de la esperanza, con igual brío que surge la clara luz del alba engendrada, por negra noche, en tálamo de sombras...



¡Salve, venerando Cementerio! Yo te saludo desde lo más hondo del cansado pecho, porque es decreto de Dios que nuestra porción, alta y divina, concluya en más nobles objetos que los que brinda el mundo...

¡Salve! atrayente retiro, que me alejas del importuno torbellino de la vida cotidiana, y me invitas á buscar mi orientación en

tu sosiego dulce y bello, como el piloto la busca en luminoso y prominente faro.

Yo amo y venero tu silencio elocuentísimo, sólo henchido de la voz del infinito, que me descubre una fuerza, no entendida hasta ahora, de esperanzas y temores...

En tí ya no hay máscaras ni tules que oculten las fealdades del recelo, de la falsía y la soberbia...

Tú haces que el pensamiento se libre de las brumosas sombras que proyectan sobre él pérfidos resabios, y le ayudas á que se vista de gran prudencia de espíritu para que trate de la cuenta, que—en día no lejano—habrá de rendirse á la Majestad Altísima...

¿No véis cómo el río caudaloso, lo mismo que el ético arroyuelo son indistintamente arrastrados al mar, y de allí no vuelven?... Así hace la muerte: ésta nunca retrocede: todo lo arrolla en su correr continuo sin respeto á edades ni á vicios, ni á virtudes... ¡Nada la detiene!...

¿Quién puede asegurar que al día de hoy habrá de añadir el de mañana?

¡Tremendo libro de exámen de concien-

cia es la losa que sella los restos de una persona amada, fallecida, siendo más joven y buena que nosotros!...

Las mudas y funerarias hojas de ese libro espantoso, preñadas están de aterradoras enseñanzas que, de este modo, arguyen al creyente.

¿Cómo respondes á la excelsa dignidad de ser cristiano?...

¿Cómo utilizas tu venturosa reconciliación con Dios?...

¿Cómo pagas tus cuantiosas deudas al generoso Redentor, fuente y origen de todos los bienes que posees?...

¡Grande!... ¡Inmensa es la bondad del buen Jesús, que por todas partes extiende copiosamente y á todos, con liberalidad, ofrece los frutos exquisitos de la fel...

Amar sin creer es imposible: la fe es el más esencial elemento de vida para el corazón del hombre.

*
*
*

Si pregunto por esa persona fallecida al

Sumo Poder, cuyo acento—á la par que terrible—es grata saciedad para quien hambriento espera, el eco de su voz, imponente é infalible resuena en mi alma de este modo.

Esa persona vive todavía, por más que el destino la haya escondido á tus sentidos... Vive, y se limpia y purifica en el fuego sagrado de las supremas esperanzas, como el oro se limpia de escoria y purifica en el crisol.

Tú reza á Dios por ella... ten confianza en El y espera...

La esperanza es un sueño mágico que amortigua la pavorosa canción de los abismos; y la bendita fe es el gozo anticipado de las futuras bienandanzas.

¡Volverás á encontrarla—yo te lo afirmo—y entonces la hallarás mucho más pura que la aurora matutina de un día de verano, y, como ella, espléndidamente coronada con el resplandor y claridad del albo cielo!...

Su amor; sus ternezas; sus promesas; sus juramentos pronunciados en la tierra ante el ara del altar, repercutieron en la Gloria

—de donde procedían—y allí han de perdurar, invariables, hasta la consumación de los siglos.

Esos afectos tutelares que Dios bendijo y que quiso que existieran durante nuestra vida, forman parte esencial del alma; y, como el alma es inmortal, ellos también son inmortales.

Los corazones que se amaron en este valle de lágrimas, de enfermedades y pasiones, seguirán amándose, con igual viva efusión, en la eterna morada de la paz y de la alegría.

Cierto que el justo, en la corte celestial, goza de otros especiales sentimientos, propios de su nueva condición gloriosa; pero esos más puros sentimientos no destruyen los tenidos aquí abajo.

Las almas glorificadas no se olvidan de los seres á quienes debieron amar y amaron en la tierra, sino que permanecen inflamadas por los mismos hondos afectos que les tuvieron en el tiempo.

Dios—manantial inagotable de benignos bálsamos—se complace en la existencia de ese amor constante y sin riberas, y permite

que su fuego siga caldeando el destierro de la ruda prueba para que los pobres vivientes no desmayen.

¡Oh, indescifrable y, sin embargo, consolador enigma!...

La ausencia corporal de esa persona tan amada, que nos llenó de inmenso luto, es solo temporánea.

Los ojos, aunque lloren, no deben llorar por ella; ni el ánimo, aunque sufra, debe desconfiar ni deprimirse.

Dios Omnipotente, con la misma autoridad con que dispone que los rayos solares del estío fundan el apretado hielo y deshagan en agua su dureza, así dispuso el momento en que esa persona amada se ocultara á nuestra vista, sólo dejándonos su imagen, grabada en el corazón con buril de llama.

No debemos llorar por esa persona que tanto nos amó y á quien quisimos tanto.

La fe, su virtud y nuestra razón nos ase-

guran que marchó á recibir el premio inestimable ofrecido por el Mártir del genuino Amor... ¡Por el divino amante que, en la cruz, alcanzó misericordia y vida para todos los amantes!...

Hay que llorar, sí, porque el llanto es la ambrosía del dolor, y el dolor es hoguera voraz que derrite aún á la entraña más blindada; pero se debe llorar por nosotros mismos.

¡Por nosotros que quedamos huérfanos de su gratisima presencia!... ¡Por nuestros ojos que, por más que avaros miren, no la ven!... ¡Porque ya no oiremos sus piadosas exhortaciones!... ¡Porque el alma cesó de frecuentar sus virtuosos y heróicos ejemplos!...

¡Debemos llorar—aunque sólo por nosotros—porque hay algo de sagrado en las lágrimas del hombre, y ellas son el fuego santo que funde los hielos del olvido!...

¡Desgraciado quien no sabe llorar y... ¡maldito quien no se turba ni conmueve ante el llanto de un anciano!...

¡Oh prodigioso arcano del corazón atribulado!...

¡El dolor y el consuelo en porfiada competencia, se disputan la supremacía y valor de las lágrimas, vertidas cuando vimos morir, en santa paz, á los mismos que hemos visto vivir siempre amando y temiendo á Dios, y siempre cumpliendo sus preceptos!

¡Yo ví morir á mis padres... á mi esposa... á mis hijos... á mis hermanos!... ¿Qué sé yo?...

¡He recogido el postrer aliento y la última mirada de muchos pedazos de mí mismo; pero siempre—gracias á Dios—implorando fervoroso, que el cielo les fuera propicio!...

¡¡Con amargor—capaz de excitar piedad y llanto, no solo á pecho humano sino á dura encina—he presenciado cómo iban rompiéndose, uno á uno, los entrañables eslabones de esa cadena encantadora, formada por Dios, que se intitula familia cristiana!!

La muerte inexorable—envenenando el curso de bonancibles días—fué separándoles, hoy uno y mañana otro, de este viejo infeliz, que quedó resistiendo, como el cedro, el duro rigor de la edades!...

¡Ah!... ¡El largo andar de los años no es otra cosa sino un espacioso número de duelos!...

Pero yo reconozco que la Sabiduría Increada lo tenía así previsto y ordenado desde la eternidad, y esto me basta para esperar resignado, sumiso, y aun contento, el instante supremo de volver á reunirme á ellos.

La familia cristiana que aquí abajo se destruye, luego, allá arriba se rehace y, entonces, se juntan, otra vez, sus dispersados miembros para ya no separarse más.

¡Bendita, mil veces, la racional conformidad cristiana que tanto bien produce!... ¡Es imposible que lengua de carne acierte á definirla y ponderarla cuanto ella se merece!...

Al volver de visitar las mudas sepulturas de los nuestros, ¡qué antipático y pobre se nos muestra este incesante hervidero de ruindades que se llama mundo!...

¡Pero es preciso tornar de nuevo á él, y á él volvemos, aunque bien á pesar nuestro!...

¿Qué más?... ¡Si hasta nosotros mismos nos sentimos muy otros y cambiados al salir del cementerio!...

Fortalecido el espíritu por la serenidad de la razón; decidida para el bien la voluntad; contrito y sosegado el corazón; resuelta el alma á todo designio levantado; altivos los ojos y la frente; más...

¿Para qué seguir?... ¡Si nos parece que nacemos por segunda vez, y que entramos en otra vida, más fuertes, más generosos, más doctrinados; y sobre todo, menos indignos de tratar con Dios.

La imaginación—siempre niña, pero también siempre imán de las penas y glorias del espíritu—liba, con afán convulso, el surtido ramillete de tantos y tan variados recuerdos del ayer, y escoge las más delicadas flores y más punzantes abrojos recolectados en el andar inseguro de los años.

Dulcemente saborea y enlaza esos vestigios de bienes y males que pasaron—recuerdos imborrables de un camino acciden-

tado que ya no volveremos á emprender—
y teje, con ellos, la frondosa existencia del
anciano.

¡Nueva existencia, desde luego más va-
cía del mundo; pero, por nuestro bien, más
llena de Dios!...

Existencia que se remoja á impulso de
secretos y encontrados afectos, doctos maes-
tros, ciertamente, en probar á las almas re-
signadas... Pero no menos doctos en mos-
trarlas dulces dolores, gozos incógnitos y
esperanzas inefables, que las distraen de
los terrores de la tumba y renuevan, en
ellas, las purezas de una segunda cuna.
Afectos y sentimientos, todos, que son el
vital encanto de las últimas jornadas del
cristiano viejo y convencido...

Como que Dios viene sobre ellos en su
voz, con una profusión que derrama sa-
millas en la tierra, * * *
Son frutos saludables, que caracterizan la

¡También es ameno y deleitable el aisla-
do vergel de los ancianos!...

Formado está de transplantadas ramas,
no tan aparatosas y gallardas como lo fue-
ron sus progenies las juveniles plantas, pe-

ro, en cambio, más fecundas y de frutos más provechosos y seguros...

¿Cómo no si los riega una experiencia manifiesta, si los beneficia el fuego de arraigadas convicciones, si los sazonan la miel y la fragancia de las sólidas creencias?...

Ya lo dijimos al principio: el hombre alimentado con el *Pan de vida*, que le hace partícipe del cuerpo y alma de Cristo, jamás envejece aunque se haga viejo.

¡Por lo mismo que no envejece el Salvador del mundo, y eso que ya cuenta dos mil años!

Más numerosos que las arenas de la playa y más variados que las florecillas del campo, son los sabrosos frutos del olvidado vergel de los ancianos...

Como que Dios vierte sobre ellos sus favores, con más profusión que derrama semillas en la tierra y luceros en el cielo...

¡Son frutos saludables, que cauterizan la gangrena de las corrupciones anteriores!...

¡Frutos que aligeran las cargas molestas de la vida para que puedan llevarse con gozo y sin fatiga!...

¡Frutos que endulzan el agrio de los pe-

sares, convirtiéndole en socorro de las flaquezas y en medicina de las miserias!...

¡Frutos, en fin, que predisponen al perdón de las injurias y que estimulan el deseo, y aún el amor, de las contrariedades y las cruces!

¡Yo ya soy muy viejo; y es muy hondo el vacío que dejaron en mi alma los muchos seres amados que he perdido; pero si me fuera dado tornar á la juventud, y á mis muertos la vida, no la aceptaría!...

Dios me perdone si esta manera de pensar arguyera quejas: no es esa mi intención.

Reconozco y confieso que, persuadido de que fui y soy altamente indigno de los cuantiosos beneficios generales y personales que debo á la bondad de mi Señor, me tengo miedo á mí mismo: me horroriza una nueva prueba para mí y para los míos...

¡Es que murieron los míos en tan santa paz, y son tan exquisitos los frutos hallados en el cristiano verjel de la ancianidad, que ya no anhela el deseo sino dar gracias al Dios, tres veces Santo, y ya el alma sólo busca el amparo inmarcesible de María!...

De María—dispensadora de las divinas gracias—que no sólo es alivio y esperanza del que vive, sino también sostenedora y libertadora del que muere.

De María—templo de Dios vivo; pura como el aroma y más bella que el sol—que sólo existió en el mundo para glorificar al Creador santificando á las criaturas.

De María—luz del firmamento y dueña de todo el poder del Omnipotente—que, si ahora se encuentra triunfante, reinando en el imperio de los cielos, es para atraer á Sí á los que fallecen en la paz de Dios y darles posesión de la divina esencia.

De María—madre del Redentor y madre nuestra—que no cesa de asistirnos desde que nacemos á Cristo, hasta que Cristo nos abre las puertas de la Gloria.

Sabido es que por María—Señora del mundo—nos fue dado el principio de la vida espiritual en el agua del bautismo, que nos hizo hijos de Dios.

Que merced á María—madre de Jesús Sacramentado—recibimos los misterios y señales del cristiano, que nos comunican los méritos de la vida, pasión y muerte del

Salvador y nos instituyen herederos de su gloria.

María lo es todo: quien quiera que acuda á su protección é implore su socorro, esté seguro de que nunca, ni en nada, quedará desamparado.

Su amor maternal de corredentora de la humanidad se complace transformando y dignificando la ruda naturaleza de la criatura.

No sólo enriquece nuestro oído con percepción sobrenatural para que oigamos, claramente, el mudo lenguaje de nuestros muertos, sino que, con gracia infalible, nos socorre en todas las edades de la vida, santificándonos los ímpetus del espíritu y regulando los sentidos corporales, para que salgamos siempre victoriosos de las luchas continuas de la prueba.

¡A tí llamamos los desterrados hijos de Eva!... balbucean, sonrientes, los labios sencillos y rosados del niño, no bien su lengua empieza á deletrear el dulcísimo nombre de María.

¡A tí llamamos los desterrados hijos de Eva!... ¡A tí suplicamos gimiendo y lloran-

do!... exclama contristado el hombre, al sentir las hondas heridas de la traición, de la falsía y del engaño.

¡A tí llamamos los desterrados hijos de Eva!... ¡A tí suplicamos!... ¡Vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos!... prorrumpie el anciano, cuya vista comienza á nublarse, cuya lengua engruesa y se le traba, y, en fin, cuyas endebles y temblonas piernas apenas pueden sostener el leve peso de su viviente y escuálido esqueleto!...

¿Y cuándo el hombre ve que se aproxima el forzoso término postrero?... ¿Y cuándo empezadas las ruturas parciales de su sér le anuncian ó comprende la muy inmediata separación de todo cuanto, bueno ó malo, aquí abajo le resta?...

¡Ah!... Si después de tanto navegar por el proceloso mar del tiempo, siempre y en todas las edades combatido por el oleaje de peligros de perdición, toca las orillas de la eternidad abrazado, como bueno, á la comunidad de Cristo, entonces—igual que mis amados muertos—pedirá á Maria, con acento entrecortado é imperceptible, ó con el mirar vidriado por la agonía: *Ruega por*

nos, Santa Madre de Dios, en la hora de nuestra muerte, para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Jesucristo, vuestro hijo y Nuestro Señor.

fue el primer presidente de la Republica de Colombia, y su gobierno se caracterizó por la consolidación del Estado y la promoción de las reformas políticas y económicas. Durante su mandato se establecieron las bases del sistema republicano y se promovió la unidad nacional.

Su gobierno estuvo marcado por la búsqueda de la estabilidad y el desarrollo del país. Se implementaron políticas que buscaban fortalecer la estructura institucional y promover el progreso social y económico.

En el ámbito político, se consolidó el sistema de partidos y se fortalecieron los mecanismos de control y equilibrio de poderes. Esto permitió un funcionamiento más eficiente del gobierno.

Además, se promovieron reformas que buscaban mejorar la situación de la población y fomentar el crecimiento económico. Estas acciones sentaron las bases para el desarrollo futuro del país.

Su legado es fundamental para la historia de Colombia, ya que sentó las bases del sistema republicano y promovió la unidad nacional. Sus acciones fueron decisivas para la consolidación del Estado.

En conclusión, el gobierno de este primer presidente fue un momento crucial en la historia de Colombia. Sus políticas y reformas sentaron las bases para el desarrollo y la estabilidad del país.

Su legado es fundamental para la historia de Colombia, ya que sentó las bases del sistema republicano y promovió la unidad nacional. Sus acciones fueron decisivas para la consolidación del Estado.

En conclusión, el gobierno de este primer presidente fue un momento crucial en la historia de Colombia. Sus políticas y reformas sentaron las bases para el desarrollo y la estabilidad del país.

Su legado es fundamental para la historia de Colombia, ya que sentó las bases del sistema republicano y promovió la unidad nacional. Sus acciones fueron decisivas para la consolidación del Estado.

CANTO SEGUNDO

¡Tus muertos viven!

Díjome el Señor estas palabras:
«Amor saca amor.» (Santa Teresa—su vida—Cap. XIV.)

Cuantas veces visito el cementerio y con voz de lágrimas pregunto por mis muertos, el eco fúnebre de aquel lugar imponente, tan habitado á la par que tan desierto, párceme que resuena de este modo:

—¡Alégrate en Dios!... ¡Tus muertos viven!... Reposan en Jesús (vida de luz y de verdad) y más dichosos que ayer, y más alegres que tú, á esa vida superior te llaman.

Pues entonces ¡oh Dios! ¿por qué no voy?...

¿Por qué si el sepulcro es nueva cuna y mentira el no ser, su muerte, benigna para ellos, es fuente de amarguras para mí?

¿Por qué inmóvil á mis súplicas, como roca que rechaza los gemidos, me los quitó, uno á uno, para juntarlos luego en mejor vida, y yo he quedado en cárcel de tristezas, cual seco molusco en quebrajada concha?...

*

Con lamento prolongado, semejante al ronquido de lejano trueno, el eco, diligente, replicó de este modo á mis conjuros:

—¡Basta!... (1).

—¡Calla y resígnate!

—Reflexiona que (2) *está cerca, el Señor de quienes tienen el corazón atribulado.*

—Nadie te pide que reprimas las aflicciones y los duelos; sino que te alegres en Dios y que le ofrezcas tu resignación y tu silencio.

(1) San Lucas. Cap. 22. Ver. 38.

(2) Salmo 32. Vers. 19.

—¿Acaso puede alguien comprender lo que Dios deja en los corazones que desgarran?...

—¡Mírale en el Gólgota disculpando á quien le aja, y abriendo los labios sólo para fulminar rayos de perdón!...

—Igual que su justicia es su clemencia y, por eso, jamás hiere sin piedad su omnipotente brazo.

—Quien se cree más abatido, más presto se levanta empujado por la misma mano que parece castigarle.

—No te inquietes, pues... ama, ora y espera.

El amor saca amor; (1) la oración es planta que fructifica siempre y la esperanza forma la delicia de los buenos.

—¿No ves como en la calma se clarifica el lago que ayer enturbiara súbito agua-cero?

—Pues así se sosiega el corazón, y así se amortigua el pavor de sus congojas, cuando sumiso se levanta á Dios.

—Y se adueña de sí mismo... Y crece en ardimiento... Y acepta, gustoso, el dolor y

(1) Santa Teresa.

la vejez que son inseparables compañeros...
 Y, enajenado por los afectos santos, se adormece en la amante soledad, como el viento se duerme entre las flores.

El eco enmudeció; pero alentado el ánimo por aquellos acentos suaves y serenos remitió, presuroso, el desabrido ceño, y, alegre y creyente, quedóse acompañado de su propia soledad.

¡Amena soledad!... ¡Manso retiro para las horas fecundas del espíritu en las que se aprende cuán vano es construir sobre la arena movible de la vida, y cómo la vida es muerte y la muerte inmortalidad!...

¡Soledad angusta!... ¡Vasto océano de espumosas ondas que llenan totalmente las excavaciones todas del alma!...

¡Y dota de alas de luz al pensamiento!...

¡Y de esplendente vigor á la memoria!...

¡Y, á la par que sume la existencia en éxtasis de cielo, derriba, victorioso, el hó-

ruido baluarte que separa la muerte de la vida!...

Hace que el pensamiento tome de la cendela el rauda vuelo, y que, lanzando su curso impetuoso por la región de lo invisible, trace, con buril de fuego la imagen de los seres que nos robó el destino y los grave de tal modo en nuestra mente, que allí se ostenten vivos y atrayentes, como si todavía en el cristal de sus pupilas nuestros ojos se miraran complacidos.

Y, con imperio irresistible, ordena igualmente á la memoria que, avasallando los confines del olvido, imprima en nuestras almas extasiadas los besos sin ruido de sus gratísimos recuerdos...

(1) *¿En dónde está ¡oh muerte! tu victoria?*



¡Gracias Señor!...

¡Seguid derramando sobre mi flaco espíritu, el benéfico rocío de vuestras magnas misericordias!...

(1) San Pablo á los Corintios.

¡Haced que sea siempre el buen Jesús la aurora que ilumine mis caminos!... ¡El norte incommovible que gobierne mis inseguros y ya contados pasos por la tierra!...

La conciencia, recelosa y trémula, anhe-la que vuestra continúa asistencia la con-sERVE incólume, como suspira el indocto na-vegante por la estrella que ha de guiarle á seguro puerto!

Y pues ya mi flaco cuerpo—frío como rayo mortecino de astro que se eclipsa—tiende á unirse con *los que Vos llamásteis*, permitidme que os pida, confiado, que la misma santa tierra que oculta sus restos descompuestos, sea también la que cubra y oprima mi esqueleto...

Yo, mientras tanto, clamaré con Saulo: *¡Señor! ¿qué quereis que haga?*



—¡Cumplir los Mandamientos, dando á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César!

—*Aguijón de la muerte es el pecado...* (1). El fascina al hombre é inculcándole sutil veneno, le pudre el cuerpo, le corroe el corazón y le infama el alma.

—Nubla su entendimiento y entenebrece su sentir.

—Desorienta su espíritu y pervierte su voluntad.

—Y, convirtiéndole al fin en mísero guiñapo, le arroja al muladar del odio y de la duda, donde, rebajada la inteligencia y acobardado el corazón, queda degradadamente indefenso para el forzoso combate de la vida.

—Pecar es suicidarse.

—Es ir contra sí mismo.

—Es desoir la voz de la razón natural que nos manda vivir con Dios como viven los hijos con el padre.

Es la torpe necedad rectificando á un Padre omnipotente, infinitamente bondadoso y sabio, que conoce, de modo infalible, lo que más conviene á sus hijos y que, como puede y quiere dárselo, siempre se lo da.

(1) San Pablo á los Corintios.

—Preguntad, si no á los hijos fieles que cumplen lealmente la voluntad del Padre.

—Sufrimos pacientes (os dirán) las contrariedades de los tiempos porque en ellas se aprende á confiar en el amor de Dios.

—En ese amor inefable, llamado *Caridad*, que, como alma del mundo, da vida y movimiento á todo lo creado; y, como *Fiat* eterno, hace vibrar en todos los seres del linaje humano el almo cantar de la esperanza.

—Ese himno universal que, como el llorar, todos saben sin que nadie se lo enseñe y, cuya cadencia irresistible y suave, precede á la bella aurora de aquel día dichoso en que el humano se anegará en eternos bienes, guiado por la fe, y movido por *Mi Gracia*.

—Gracia tan exacta pagadora que, no bien el hombre presta concurso á su moción, le premia, opulentamente, con cuantos auxilios y medios necesite para vencerlo todo.

—Que le lleva (como de la mano) al *Sagrario* misterioso (sublime arcano del *Infinito Amor*) en donde Dios se humana para

deificar al hombre, y en el cual la silenciosa *Eucaristía* lo contesta todo y todo lo perdona.

(1) Yo (dice el Señor) *trocaraé su llanto en regocijo, rasgaraé su cilicio y le vestiraé de alegría.*

Tal dice la Ley y, merced á ella, triunfa la fe y reverdece la esperanza.

Como la mansa fuente, que, aun oculta entre zarzales sonríe placentera, es la bendita fe.

Sin temer á los abrojos y despreciando sombras, siempre envía gozosa la fulgente claridad de sus sonrisas á la esquivia razón, para que el hombre—apoyado en ella y desnudo de indecisiones y tinieblas—peregrine, con seguro paso, por este tenebroso valle de obscuridades y de dudas.

¡Pura, como la brisa matutina, la fe perfuma y orea el viciado ambiente en que se

(1) Salmo 29.

mueve el raciocinio; y dulce, como sonora lira, solo tiene armonías para el bien!

La templanza y la bondad; la abnegación y el sacrificio, son las estrellas rutilantes que esmaltan su diáfano horizonte, del cual surge humildemente un calor tibio que, como la luz plateada de la luna, ni ciega ni deslumbra, pero que dilata la sideral región é irradia del Sol de la Caridad esa centella inestinguible, cuyo anhelo es dirigir la voluntad al bien, y que tiene por nombre *La Esperanza*.



¡Oh mi Dios!... ¡Qué gozos tan intensos é inefablas trae la esperanza á nuestro sér!

¡Pensar que si yo—como la rama se une con el tronco—me asocio íntimamente á Jesucristo en la Sagrada Eucaristía no moriré aunque muera!...

¡Que este gastado cuerpo—ayer árbol fecundo en ilusiones estivales y hoy tocón envejecido y casi descuajado—volverá de

nuevo á la risueña primavera, y habrá de florecer con sempiternas juventud y lozanía!...

¡Que mi carne, carcomida y lacerada por la dolencia y desengaños, resucitará fresca y amable, y así persistirá por siempre mediante los dones inmarcesibles de la Gloria!...

¡Vivir y morir convencido de que en la mansión donde el amor no perece, ni la dicha ni la paz flaquean, me reuniré otra vez con los que hoy desatan mis ojos en continuo llanto, de igual modo que derriten los rayos del sol la nieve de la sierra!...

¡Fundir mis destinos inseguros en los halagos valiosos de la fe, y oír, entre blandos rumores de consuelos y deseos, su promesa continua de que la venturosa y eterna Compañía del Señor será mi asiento decisivo, si permanezco amigo de Jesús, y si alcanzo la suprema dicha—que no faltó á los míos—de salir del mundo asido estrechamente á esta amistad!...

Cuando el alma agradecida se derrama por estos pensamientos y esperanzas, parécela, espantada, que un abismo sin orillas

la separa de su efectuación, y busca ansiosa el puente para poder cruzarle, como el náufrago las riberas de que le alejara la tormenta, y el oro los reflejos de la luz para lucir y brillar con opulencia.

—¿Dónde hallará ese puente?

—En la propia voluntad, cooperante á los auxilios divinos—responde la voz del cementerio.

—¿No ves á las ígneas lenguas de voraz hoguera alargarse, cada vez con mayor ánsia, cual si quisieran lamer el firmamento?..

—¿Y cómo, impulsados por inflexible ley, corren incesantes el arroyo al río y el río al mar, donde enlazados por el amor se pierden?..

—Pues de esa manera irresistible es atraída el alma á la *Verdad* (imán prodigioso de los desvelos racionales) cuando la digna voluntad se entrega confiada y amorosamente á la Soberana Voluntad del Criador.

—¡Entonces!... ¡Ah, entonces se calma de improviso el huracán de la tribulación y la amargura, como se apaga, por inútil, la innecesaria lámpara al surgir el día!...

—¡Entonces el Sol de la alegría se levanta y resplandece en los sombríos horizontes del destierro, y, con igual dulzura con que llama la suave lira al llanto de las íntimas ternuras, la voz de Cristo llama á la humana voluntad, que se le entrega, mediante el silbo paternal que un día oyera Lázaro: *¡Surge!... ¡Levántate y anda!*

¡Entonces! ¡Ah, entonces se comienza
impulso el barco de la cristianidad y la
anagora, como se apaga, por último, la
necesaria lampara el espíritu el día...

¡Entonces el Sol en la algarabía levanta
ta y respaldando en los símbolos horizontales
del destino, y, con igual luz con que
llama la ave-irre el halo de las últimas
tormentas, la voz de Cristo llama a la tierra
na-ventada, que se le entrega, mediante el
silbo paternal que en día era lástima:
¡Gloria! ¡Gloria y amor!

CANTO TERCERO

El temor Santo

El amor os hará apresurar los pasos y el temor os hará mirar donde poneis los piés para no caer.—(Santa Teresa, Camino de Perf. 70.)

¡Sí!... ¡Surje, despierta!... grita á los buenos esa noble anciana, que nos quiere tanto, y que se llama *La experiencia*.

Medio envuelta en girón de sombras, y en la faz impresas la resignación y la dulzura, baja hacia nosotros con andar tardío, pero certero paso, por las ásperas vertientes de la vida.

No es—para quien ama y teme á Dios—esa orgullosa ortiga que, á despecho del calor y el frío, se viste de hojas que escuecen cruelmente y que nadie osa tocar...

Es la bella amapola, que inclina sumisa la cabeza al viento de la adversidad, como la baja, piadosa, al sol de la bonanza.

¡Bien haya, pues, esa hermosa y atrayente anciana de tan regio porte y escultural figura.

Su mirar sereno, pero encendido por fulgurante luminosidad como el relámpago, descubre las negruras del pecado, y, recordando á la conciencia los magnos beneficios que debe al Criador, la espolea hasta que *surje y se levanta* para nuestro bien.

Así como al estallar sobre la playa el beso de las olas se infiltra su hirviente espuma en la sedienta arena, así, al besar la experiencia al alma desvelada, la graba estas palabras penetrantes de Teresa de Jesús: *sea ya tu único deseo el de ver á Dios, y tu sólo temor el de si llegarás á perderle.*

*
*
*

El tránsito que llamamos vida es penoso en verdad, pero dura poco, como tráfuga periodo de prueba y nada más.

No quiso el Criador, en sus altos planes, que un continuado paraíso—quizás mal estimado por la ruda criatura—detuviera el paso metódico de la errante humanidad.

Lustrado el sér racional con el brillo de la inteligencia (destello de la increada luz) y yacente bajo el peso de la contrariedad (indicio de la sumisión que debe la criatura al Criador) el hombre quedó sabiamente preparado para recibir las semillas privilegiadas de la razón y del libre albedrío y ganar, dignamente, el premio ofrecido á las virtudes.

¡Hasta la tierra que pisamos nos brinda con su ejemplo!...

Secundando, agradecida, el don prodigioso de la fecundidad, cuanto más se la castiga y se la abona, con mayores seguridad y eficacia convierte la simiente en fruto.

La tierra nada que de ella se cosecha en el espacio, lleva en sus entrañas la lucha en la vida, a la vez que el ciego rayo, forma de destrucción y muerte.

La Suma Sabiduría quiso, para que el

alma humana pensara en su futura suerte, darla, mezcladas, las dulzuras de la fe y de la esperanza, con las hieles de la inquietud y la tribulación.

Y que, propendiendo é inspirándose en el bien, tuviera libertad para inclinarse al mal.

Y que, disponiendo al incomprendible corazón á dar hasta la vida por una persona amada pudiera, insensato, turbar tan á menudo la alegría de su dicha, á la vez que, suicida, envenena también la suya propia...

La niebla del misterio envuelve á cuanto se ve y se toca, pues en toda la naturaleza impera la misma espantable contradicción...

El río bienhechor, hoy claro y sosegado, fecunda con su sangre el suelo, á fin de que produzca, y mañana turbio y desbordado lo desola, y en un momento aniquila los frutos en años producidos.

La ligera nube, que flota juguetona en el espacio, lleva en sus entrañas la lluvia saludable que da vida, á la vez que el ciego rayo, gérmen de destrucción y muerte...

Lo que más estima el hombre son la sa-

lud y la existencia; y, sin embargo, nada hay tan inseguro.

Ambas, condenadas á perpétua alianza con lo casual y lo imprevisto, son como la temprana flor del almendro, que á lo mejor se hiela.

Una leve imprudencia, un vientecillo, suelen causar enfermedades galopantes, que si no siempre cortan el hilo de la vida, sí reflejan siempre, en nuestro horizonte oscuro, el fantasma pavoroso del sepulcro...

Y tales enigmas espantosos, que unos á otros se suceden con rapidez vertiginosa, amenazando, sin cesar, al hombre, ¿no causarán temor á su sensible corazón?...

El corazón desengañado, que reconoce lealmente que todo cuanto sucede es obra ó permisión de Dios (en quien cree y en nada más del Universo) no encuentra refugio que tanto le satisfaga y enamore como el temor santo.

Quien teme á Dios ya no tiene cosa que temer, dice San Luís Gonzaga, y quien á Dios tiene nada le falta, clama, á su vez, la mística Virgen del Carmelo.

Todos los temores mundanos humillan al corazón y hasta le encogen; no así el temor santo que lo dilata y ennoblece...

Merced á él la criatura racional conoce á su Creador; imita y venera á su divino Redentor; y se apodera de los dones inefables del Espíritu Consolador...

No confunde lo real y verdadero con lo imaginario y lo fantástico.

No camina á tontas y á locas, sin saber á donde va, ni atolondrada y porfiadamente sigue por derroteros descaminados, sino que—como dice muy bien Santa Teresa—*mira á donde pone los piés para no caer.*

No se deja enredar, incautamente, en los lazos enmarañados que—con falsas brillantes y atractivos engañosos—la tienden

de continuo los tercos enemigos de la salvación.

No pervierte su buena voluntad, ni tuerce la rectitud del juicio, ni se nubla su razón, ni se visten de vanidad y orgullo su pequeñez y su rudeza.

Equilibradas por ese temor santo las dignas potencias de su alma, adapta, cuerda-mente, sus deseos, sus pensamientos y sus obras á las preciosas y saludables máximas del Evangelio.

Y reconoce y confiesa su flaqueza; y desconfía de las propias fuerzas; y se persuade de que, para marchar con firme paso, ha de sostenerse y apoyarse, necesariamente, en el brazo paternal de su Señor.

* * *

Pero ¡ay! que vive en nosotros, y nos sigue tenaz á todas partes, como la sombra al cuerpo, un ídolo malhadado que insensiblemente nos lleva á la perdición como el humo se aproxima al fuego y los dípteros á la luz.

Rastrero, cual la oruga que suave se desliza por la yedra hiriendo su verdor, así el *amor propio* trepa sigiloso por la mente, á la cual fascina con halagos hasta que la nubla y envanece.

Hábil manejador de los cabos y acicates de nuestras ambiciosas aspiraciones, fácilmente se erige en asídúo y tirano consejero de todos nuestros actos y logra con viles amaños y artificios que—todavía obligados y contentos—le obedecemos ciegamente.

Con el hálito ponzoñoso de la adulación y la lisonja, empaña el celeste resplandor de la razón y enmascara la deficiencia y desnudeces del limitado entendimiento.

Abrillanta los falsos brillos del fuego fá-tuo—que en los pantanos nace—y con ellos levanta en el corazón condescendiente humos de vanidad y de necio orgullo.

¿Quién nos librará de ese enemigo?...

¡Nuestra amistad con Dios!...

* * *

¡Bienhechora y fiel amistad que á nadie

se le niega, y que obtienen, siempre, cuantos la desean y la piden de buena voluntad!...

¡Saludable afecto—entraña y compendio de la vida cristiana—que produce, indifectiblemente, la paz de las conciencias y la salud de los espíritus!...

Paz y salud de que jamás disfruta el réprobo, que, terco é indolentemente—cual animal inmundo—se chapotea en el fango de la culpa, y en ella como petrificado permanece!...

El hombre sin la amistad de Dios es semejante al árbol sin raíces; al uno le arrastra fácilmente la pasión y al otro le derriba fácilmente el viento.

Así como la luz y el calor nacen del sol, así dependen de la noble voluntad las magnas virtudes del espíritu y, singularmente, la de la amistad con Dios, que las comprende á todas.

Así como la luz y el calor nacen del sol, así dependen de la noble voluntad las magnas virtudes del espíritu y, singularmente, la de la amistad con Dios, que las comprende á todas.

¿No veis aquí, en el mundo, luchar incessantes la noche con el día; la claridad con las tinieblas y triunfar siempre el sol, centro y monarca de los demás astros?

Pues en la discordia que desgarrá á este pequeño mundo, que se llama hombre, Dios ha fijado también un vencedor.

En nuestra alma guerreán tenazmente el bien con el mal, la duda con la fe y la virtud con la infracción; pero siempre la voluntad—señora y motor de nuestros actos—saca triunfantes á la virtud, á la fe y al bien, si, asociándose á los divinos desig-nios, secunda el plan del Criador, como lo secunda el sol.

Encontrado el mundo en un mar de negras olas, encubridoras de tantos precipicios como abrió, al ser derribado, el maldito Genio del Mal, fue menester—para que el hombre se librara de ellos—que el Bondadoso Criador mandara á la Tierra á su propio Hijo, á que le sirviera de guía: fuera su maestro, su amigo, su bienhechor, su verdadero padre.

La misma naturaleza, que traemos—ruda y viciada como es—grita leal en nuestro

oído (no bien se nos enciende la luz de la razón) el deber en que nacemos de amar y respetar: el hijo al padre, el favorecido al bienhechor y el amigo al amigo.

Y tan justo y racional deber, ¿ha de quebrar, precisamente, al tratarse de Cristo Redentor?...

Tamaña ingratitud es imposible: dice San Atanasio *que los que no tienen al Hijo de Dios en el corazón, no tienen derecho á llamar á Dios «Padre nuestro».*

oído (no bien se nos enseñaba la luz de la
razón) el deber en paz nacemos de amor y
respetar el hijo al padre, el favorecido al
dueño y el amigo al amigo.
Y tan justo y racional deber, ha de ser
para, precisamente, al tratar de Cristo
Padre?...
También ingratitude es imposible Dios
San Agustín que los que no tienen al Dios
de Dios en el corazón, no tienen derecho a ser
señor de Dios = Padre nuestro.

CANTO CUARTO

La amistad debida á Cristo.

Tengo para mí que la causa de no aprovechar más muchas almas y llegar á muy grande libertad de espíritu, es por alejarse de la consideración de la Humanidad de Cristo.

(Santa Teresa, en V, 22).

Quien hizo surgir del antro de la nada la luz, el sol y el firmamento (ansiendo salvar al hombre) tomó, para redimirle su misma frágil carne ó sea la endeble vestimenta del miserable pecador.

Ciñó á su cuerpo sensible la común armadura del combate; y, sucumbiendo á la muerte, obtuvo la victoria; y, derramando sangre divina, á la par que humana, lavó para siempre las mundanas transgresiones de la Suprema Ley.

Desde los ámbitos purísimos del Cielo bajó á la impura tierra—mezquino pudriero de pasiones—á pagar El solo las innúmeras deudas por todos los hombres contraídas.

Y aquí se le colmó de injurias; se le abrevó con hieles; se le vistió de burlas; se le coronó de espinas; y, después de castigos tan cruentos, El se dejó crucificar, como un cordero, al santo fin de trocar en candente lava de amor lo que ya en el corazón humano eran yertas escorias de la amistad con Dios.

Vino á restablecer, en este mundo desconcertado, el imperio de la justicia y del amor; á erigir en virtudes á la humildad y á la paciencia; á implantar la religión de la rectitud y la indulgencia; á dejarnos, para salud del alma, su carne, su sangre y su divinidad en el augusto manjar de la Eucaristía; y, en fin, vino á que los mortales le dieran muerte en vida, para dar El á los mortales vida en muerte.

Cruzó este valle de lágrimas haciendo siempre el bien.

Cuantos pasos dió durante su estancia

entre nosotros, los ordenó y aplicó á nuestro remedio. Murió venciendo á la muerte, pues resucitó al tercer día robando al infierno sus preseas y llevándose, consigo, á las almas de los justos, sus amigos.

Y ahora desde el cielo, con el sumo poder de la Gracia, levanta á los altares á los espíritus, al parecer más toscos, con la misma dulzura y suavidad con que la esencia de la flor se eleva á las alturas.

Y ante verdades tan innegables y tremendas, ¿cabe, ni presumir siquiera, que todavía el hombre incline la voluntad al légamo terrestre, como la copa el sauce al pudridero de la tumba?..

Eso no puede ser: lo dijo Santa Teresa de Jesús en su Morada séptima; *en el alma crece el amor á Dios mientras más se le descubre lo que merece ser amado nuestro gran Señor.*

*
*

La aguja imantada se vuelve y revuelve

hacia el polo hasta que llega un momento en que, fijándose en él, se aquieta y para.

Eso hace también la conciencia digna, al despertar, espoleada por tan magnos beneficios: enfrena á la volitaria voluntad; la detiene, la sujeta y la obliga á que rinda justo y debido homenaje de gratitud al adorable Redentor...

Así como en el orden físico primero nace el tallo y luego, paso á paso se hace el árbol, así acontece en el orden espiritual...

El toque de una gracia predispone al alma para la recepción de otra, y así van encendiéndose hasta que todas juntas forman la más robusta y necesaria: la perseverancia final en la amistad con Dios.

Por eso conviene no desechar ninguna, sino obrar como obra la llama del cirio que arde ante el altar.

La llama, sin dejar de mirar al cielo, derrite sin cesar al cirio hasta que le consume totalmente, y entonces los dos unidos en el postrer abrazo, juntos acaban y juntos desaparecen.

Jesús no pide á sus amigos los cristianos que fabriquen mundos, ni que hagan milagros, ni que mueran clavados á una cruz, como no pide al débil y al anciano que levanten cargas superiores á sus fuerzas.

Les dice sencillamente: *aprended de mí que soy paciente, humilde y manso de corazón; ó sea imitad mi vida familiar y las obras que hice como hombre...*

Si el Padre, Justo y Sabio dispuso en sus velados designios que por la senda espinosa de la existencia humana llegáramos á El, que nos crió, ¿quién como el Hijo del Hombre aceptó más resignada y paciente-mente los juicios sapientísimos de la Suprema Voluntad?...

¡Copiemos, siquiera en la paciencia, á nuestro mejor amigo Jesús!...

Dice San Alfonso Rodríguez *que no hay señal más cierta de la amistad con Dios como la paciencia en la tribulación.*

Además que, bien mirado, esa señal es también signo evidente del amor racional á nosotros mismos y del verdadero amor al prójimo.

Como que la paciencia es el más asíduo

y eficaz consejo de la luz natural á la razón: es el árbol más robusto y fecundo de la misma filosofía humana!...

La paciencia se parece á la blanca nube del incienso, la cual sube á lo alto en espirales místicas; pero también embalsama la tierra, á la que deja impregnada de gratísimos perfumes.

Pues qué ¿no causan mayor daño que las contrariedades de la vida la impaciencia en sufrirlas y el desmayo que esa impaciencia trae á los ánimos cobardes?...

¿Y no sucede, asimismo, que los que sufren valerosamente—con resignación cristiana—las grandes desgracias y los crudos duelos, dan á sus actos brillantéz excepcional, á la vez que se revisten de notorios ascendiente y persuasión sobre los demás hombres, á quienes—por eso mismo—más eficazmente animan y consuelan?...

Pide, igualmente, el Salvador del mundo, que si alguna vez el cristiano—débil como la caña que á los vientos cede—se desvía de la Ley, arrastrado por la mísera flaqueza, no se abata ni tronche, sino que copian-do á la caña se levante, y pasado el vien-

to se enderezca y doliente y arrepentido llore...

El dolor pulimenta el corazón como el martillo labra la piedra, y las lágrimas de arrepentimiento visten de galas de esperanza á las almas contritas que se desnudan de las pasadas culpas.

to en esfuerzos y dolencia y atribuido
lora.
El dolor pulsatil el corazón como el
través de la cabeza y las lágrimas de
atropamiento están de gran de espanto.
se a las mismas causas que se encuentran de
las partes superiores.

CANTO QUINTO

Obligación debida á nuestros muertos.

Los que padecen en purgatorio, no les impide no tener cuerpo, para dejar de padecer mucho más que todos los de acá teniéndole padecen.

(Sta. Teresa.—Morada VI, 11).

La natural inclinación que siente el alma por el cielo, de donde procede, se halla dura y continuamente combatida por el piélaggo ondoso de los afectos terrenales, que, impulsados por la sañuda tempestad de las pasiones, claman desenfrenados por prevalecer sobre ella.

¡Cuán peligroso es que el continuo golpear de tal combate imprima daños intensos y averías al endeble bajel de la conciencia!...

Si ella navega por revueltos mares, copiosos en nieblas de infidelidades y de faltas, preciso es que espere á que el mar se aclare y las sombras y celajes se disipen, para vislumbrar el puerto de eternal aurora, donde las almas justas contemplan cara á cara al Creador.

¡Fangosos como la arcilla que crían los pantanos son los astutos idolillos que fabrica asiduamente el corazón humano!...

Siempre—y algunas veces sin que el alma se dé cuenta—la hacen perder ó aminorar su amistad con Dios, y la tiñen con manchas que no acaban de limpiarse en esta vida, y que es preciso borrar en el crisol del purgatorio, porque nada impuro ó manchado puede entrar en el cielo.

Quando el cristiano no rompe totalmente su relación con Dios, sino que permanece asido á El—siquiera sea solo por un frágil cabello—el portentoso amor de Jesucristo, que jamás se muda, es el que se cuida de salvarle...

Aquel bondadoso Juez de vivos y de muertos se duele, compasivo, de nuestras miserias y flaquezas, y levantando sus ojos

suplicantes al Eterno Padre—cuya venia implora—no romperá, ciertamente, ese cabello, sino que, suspendido de él, mantendrá al cristiano el tiempo que sea necesario para que se redima y purifique.

No por pasada la tempestad y calmado el viento, aquieta de repente el golfo sus agitadas olas; necesita sosegarse también él y para ello necesita tiempo.

El alma—no menos ponzoñada que lo está el golfo—ha menester, igualmente, limar hondo y despacio el moño endurecido de las pasadas impurezas.

Si es imposible que el ciego de nacimiento—que siempre tuvo cerradas las retinas á la luz—acierte á concebir el diurno ocaso del sol, pues carece de la idea de su orto, tan imposible es que, por los humanos sufrimientos, se pueda formar juicio cabal de lo espantosos que deben ser los tormentos que exigirá la necesaria purgación del alma.

Quando en sus trémulas aguas, copia el lago á las lucientes é inmóviles estrellas, sólo consigue representarlas, torpemente, con líneas inquietas y de fulgor dudoso.

Los sufrimientos más horrendos de este mundo sombras serán, líneas borrosas, de las cruentísimas penas del purgatorio.

(1) *Es tan poco este padecer de acá, en comparación de lo que se padece en el purgatorio como sería una gota de agua en el mar.*

Ciertamente que allí el sufrimiento será grande; pero no parecerá castigo, pues cada minuto de penar resultará una gota de alivio, no evaporable ya, muy diferente, por tanto, á los mancos alivios de la tierra.

Los castigos del mundo envilecen á las criaturas culpables, mientras que los suplicios del purgatorio las hermosean, cada vez más, ante los ojos paternales del Creador.

¡Sólo el intenso amor que Dios profesa al hombre, pudo inventar el asombroso y consolador prodigio de la purificación de las almas, porque en ella sí que se unen y confunden, en fraternal abrazo, la Suma Misericordia y la Justicia Suma!

(1) Santa Teresa, Morada V.

¡Cuán envidiable es, pues, aquel horrendo sufrir de las almas benditas del purgatorio!...

¡En medio de su enorme padecer, aman al Señor; saben que el Señor las ama y están seguras de que irán á EL!...

¿No veis—aquí en la tierra—que á los pesares soportados con resignación cristiana los dulcifica la esperanza del Supremo Bien?

Pues si sólo esta esperanza trae á las heridas del tiempo eficaz dictamo y horas serenas á las noches afanosas, ¿qué no sucederá en el purgatorio, donde, ya no es esperanza, sino seguridad se tiene de alcanzar ese Gran Bien?

*
*
*

También las almas de la purgante Iglesia saben—y esto colma y sublima su consuelo—que aquí en el mundo se las recuerda y ama, y se elevan fervientes preces al Altísimo pidiendo clemencia para ellas...

Que aquí tenemos las llaves de la ora-

ción y de las obras buenas, con las cuales se abren las duras prisiones en que cautivas gimen...

Dios, cuya justicia se deja vencer por el amor, y que nos hizo á imagen y semejanza suya, desea que amando, para salvar á nuestros hermanos—lo mismo vivos que difuntos—veamos reproducida en ellos esa imagen y semejanza suya.

Y su Bondad Infinita y Suma Omnipotencia establecieron la hermosísima solidaridad de las almas militantes, purgantes y triunfantes de la bendita Iglesia, fundada por Cristo, en virtud de la cual los méritos del cristiano—hechos en estado de gracia—unidos á los del Divino Redentor, se comuniquen á aquellos de nuestros hermanos que han menester de ellos para su salvación.

¡Nuestros hermanos difuntos son flacos y necesitados!...

¡También lo fueron, y lo somos nosotros, en el tiempo militante de la prueba!...

¡En este tiempo ellos necesitaron y necesitamos nosotros cooperar con la voluntad á la divina Gracia para contraer méritos;

hoy ellos precisan, más que nunca, de los nuestros para mitigar y abreviar sus sufrimientos porque ya, por sí solos, no pueden hacerlo!...

¿Qué es lo que, á imagen de Dios, hemos de hacer por ellos?...

¡Valernos del amor!...

*
* *

Con igual cariño que el sol de primavera derritiendo las nieves que acumuló el invierno, devuelve vida y verdor á la pálida floresta, la Madre Iglesia—sol de los tristes muertos—transpirando ambrosías de piedad les endulza las penas, les lima los grilletes y les abre las puertas de la Gloria mediante el incruento sacrificio de Jesús, que ofrece por ellas al Monarca Sempiterno.

Y por otra parte; tantos afectos entrañables como dejan los difuntos en la tierra; el recuerdo indeleble de las alegrías y pesares que compartieron con nosotros; el roedor de la conciencia que nos acusa, quizás

de unicos causantes de su actual penar; el desconocimiento de su suerte, pues se alejaron de nosotros como el humo de la llama, que ignoramos dónde vá pero sabemos que no vuelve, ¿han de caer, despiadadamente en la lóbrega fosa del olvido?...

¿Seremos tan ingratos que porque ellas no puedan acariciarnos ya, ni prodigarnos sus favores; ni ampararnos con su egida, las hemos de separar de la memoria, como la abeja se aparta de la flor cuando ya no tiene polen?...

¿Haremos como el viajero indiferente que sigue su camino sin volver á pensar en el árbol amigo que le prestó sombra en las horas de descanso, y que rehizo sus fuerzas con sabrosos frutos?...

¡Ellas, ardiendo en voraces llamas, nos piden anhelantes una oración; una obra buena; un poco de agua para calmar su sed; quizás quizás el último empujón para volar al cielo!... ¿Se los negaremos?...

¡Tengamos compasión!... Y pidamos con David (salmo 111):

¡Ah, Señor!... Concédeles el eterno descanso y alúmbreles la luz eterna.

CANTO SEXTO

¡Orad por los muertos!

En cosa que tanto importa como es la salvación de las almas, no dejemos nada por hacer.

(Vida de Sta. Teresa, 32).

¿Quién no tendrá en el lugar de expiación algún bienhechor, algún amigo, algún pedazo del alma que ayer nos endulzaba la existencia con mieles de cariño y hoy paga á la justicia eterna debilidades tenidas por nosotros, tal vez transgresiones causadas en común, ó más bien nuestras que suyas?...

¡Puede que allí padezca la bendita madre, colmo de abnegación y sacrificio, que, en el casto nidal de sus amores, siempre tomaba para sí las hieles y amarguras del

pesar y dejaba á los hijos, toda entera, la ambrosía de las satisfacciones y los gozos!...

¡Quizás la santa esposa, de arraigadas creencias, ángel de paz del hogar doméstico que (1) *llena de sabiduría á todos guiaba y exhortaba con ternura de mujer y varonil espíritu!*...

¡La esforzada y amante compañera que con su cariño amansaba los huracanes de la vida, tornándolos en sosegadas brisas, y (2) *en quien toda su confianza ponía el corazón de su marido, porque ella le acarreaba el bien todos los días del año y jamás el mal!*...

¡Y ahora mismo!...

¡Y en estos momentos luctuosos que clamor universal de guerra henche el espacio, y oleajes de ayes y de sangre circundan las banderas, cuántos hermanos nuestros estarán dando el adiós postrero á la madre patria, con los ojos crispados por la ira y vi-driado el mirar por la agonía!

—¿Quién sabe?...

¡Quizás al recibir la muerte valerosos, con la misma íntrepidez que al adversario

(1) Mach, lib. II, cap. VII.

(2) Libro de la Sabiduría, prov. 31.

se la envían, su lengua, irritada por la fiebre, haya blasfemado horriblemente!...

¡Quizás, también sin quererlo, hayan dejado esta mísera existencia con el noble pecho palpitando en maldición y odio!...

¿Y hemos de responder con el olvido á este cúmulo de abnegaciones y cariños?...

¡No, Dios mío, no!...

¡Roguemos al Altísimo por ellos; oremos por todos sin cansarnos!...

La implacable muerte dejó á esos seres, que nos amaron tanto, y á esos mártires del deber, que enlutaron á su patria, impotentes para aliviar por sí mismos el tormento que exige la suprema purificación de sus espíritus; en tanto que, los que aún vivimos, podemos amenguar—y aun extinguir—ese tormento (y á la vez santificarnos nosotros mismos) mediante el oleo suave de nuestras plegarias y la mirra fragante de nuestras buenas obras.

* * *

Son de tal eficacia los actos satisfactorios

de la Iglesia militante, que ellos aprovechan tanto á los difuntos, que gimen en el purgatorio, como á los vivos que se los consagran en la tierra.

Los hombres ingratos que niegan tales actos á sus muertos son suicidas miserables que se los niegan á sí mismos...

(1) ¡Ah si tú reconocieras, siquiera en este día, lo que puede acarrearle la paz!—clamaba, llorando, Jesucristo á la vista de aquella raza maldita, severamente castigada por su dureza de corazón!...

¡Ah, si los que vivimos todavía pudiéramos contemplar los ojos y manos suplicantes de los que ya no existen, y reconociéramos igualmente lo que puede acarrearlos la propia verdadera paz!...



Así como el rocío matutino, al besar á la planta desecada por el sol, la refrigera y reverdece, así la benéfica lluvia de la ora-

(1) San Lucas XIX.

ción adormece, y hasta apaga el fuego voraz en que arden las almas del Purgatorio.

Orar por ellas: coadyuvar á que las pobres sacien, cuanto antes, el hambre y sed que tienen del Sumo Bien, es pacificarnos la conciencia; dar culto á la verdad é, iluminados por la luz de la ilustración divina, glorificar á Dios.

No porque Dios necesite que nosotros —miseros gusanos de la tierra— aumentemos su gloria, pues El está infinitamente glorificado por *Sí mismo* (que su gloria esencial se produce y consume en la Augusta Trinidad):

Sino por ser obligación de la criatura procurar que la gloria de su Criador crezca en extensión, ya que ella no tiene poder para hacer que gane más su plena intensidad.

*
* *

Hace veinte siglos, la gloria divina rebasando el seno del Altísimo, se desbordó por el mundo y levantó al hombre caído,

uniéndole al *Verbo encarnado* reparador de las ruínas que ocasionó la culpa.

(1) *Yo soy la resurrección y la vida: quien cree en Mí, aunque hubiese muerto vivirá,* aseguraba el Redentor de la humanidad á la humanidad, simbolizada en Marta y María.

(2) *Dios puso en mis manos todas las cosas—añadió—nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel á quien lo quiera revelar el Hijo.*

A partir de entonces, ya la *Suprema Justicia* no conoce ni ve en la criatura más que al *Hijo del Hombre...*

Al que, vistiendo la naturaleza del culpable en su persona divina, se sacrificó por los hombres sobre el madero de la cruz, constituyéndose, voluntariamente, sólo por su bondad inagotable, en nuestro fiador, nuestro remedio, nuestro abogado y mediador.

*
*
*

(1) San Juan, cap. XI.

(2) San Mateo, XI, vers. 27.

Acudamos, pues, á Jesús *en cuyas manos puso el Sapientísimo Hacedor todas las cosas...*

Cobijémonos, confiados, bajo la sombra salvadora de sus paternas alas...

Es *camino, verdad y vida* de los que formamos la unión espiritual de su Iglesia, y desea que, así como El elevó á los cielos su humanidad personal el día de la Ascensión, así nosotros—por su mediación efficacísima—seamos elevados, uno á uno, en glorioso trofeo, todos cuantos constituimos su inmenso cuerpo místico, glorificando al Eterno Padre en la tierra, en el purgatorio y en la mansión eterna de la luz y de la paz.

*
*
*

Dándole gloria extensiva, mientras peregrinemos por la tierra, santificando—como hombres de razón—con auxilio de la gracia nuestros deberes, nuestros trabajos, nuestros sufrimientos y alegrías.

*
*
*

Gloria al purgatorio—vestíbulo del cielo—ejercitando como cristianos el acto más auténtico de la Comunión de los santos que es pedir de continuo, igual que lo hace diariamente el sacerdote en el sacrificio de la Misa, *que nuestros difuntos sean trasladados del lugar de expiación á la eterna mansión del reposo y de la luz.*

* * *

Y gloria más allá: en la unión con Dios y los seres queridos, viviendo, viendo y amando sin sucumbir, ni cambiar ni envejecer, en aquella eterna patria que, según San Agustín, *no tiene fin, ni sucesión, ni variedad de tiempo; y en la cual se hallan el gozo sin tristeza, el descanso sin fatiga y la vida sin muerte ni corrupción.*

FIN

Epitafio para el sepulcro

de Santa Teresa de Jesús

Éditions de la Librairie

de la Librairie de la

EPITAFIO PARA EL SEPULCRO

DE SANTA TERESA DE JESÚS

Avila es mi patrio suelo,
Restauré el monte Carmelo;
Vine, vi, vencí y oré;
Padecí, escribí y fundé;
Mori en Alba, fuime al cielo.

*(Epitafio escrito por un poeta
coetáneo de Santa Teresa.)*

En los anales de la cristiandad, junto á los astros de mayor magnitud, resplandecen, como soles, tres fechas memorables: el 28 de Marzo y 4 de Abril de 1515 y el 4 de Octubre de 1582.

Es la primera el nacimiento en Avila de una mujer-querube (Teresa de Cepeda) suscitada por el Gran Poder para llenar el mundo con la fama de su ciencia, y para purificarlo y perfumarlo con la fragancia ideal de sus virtudes.

El fúlgido oriente de una vírgen caste-

llana que habría de ser esposa-carcelera de Jesús, y madre de miles de hijos, tocados de la nostalgia de los cielos, quienes seguirían sus huellas, multiplicándose en la viña del Señor, como en las gotas del rocío se multiplica el sol.

La segunda el día en que la bendita Iglesia enriqueció su alma con la purpúrea gracia del bautismo.

Gracia que Teresa conservó rozagante toda la vida, y que su celo acrecentó, sin treguas, con unción lustral.

Y la tercera la muerte corporal de aquel humano serafín... La venturosa y anhelada pascua de su espíritu vírgen, que voló al cielo, puro como el de un ángel, y más blanco que el ampo de la nieve.

* * *

¡Varona excelsa!... ¡Ideal criatura que había de caminar por la tierra pisando las estrellas del Olimpo!

Débil de cuerpo y de ánimo esforzado,

aunque sencillo, fue muchos años desconocida y desdeñada por el mundo, que hubo de llamarla ilusa y visionaria, porque la luz celestial que ella veía era luz inaccesible á los ciegos y míseros mortales...

Era negro crespón de densa niebla para sus miopes coetáneos, quienes sólo comprendieron y sintieron la extraña fascinación de sus proezas, de sus ejemplos y virtudes cuando esta águila caudalosa del Carmelo desplegó, del todo, sus colosales y radiantes alas.

¡Ay!... El mundo se parece al mar, en cuyo fondo y dentro de cerrada concha, se esconde la preciosa perla, mientras las ruinas algas flotan y salen á la superficie...

¡Pobre monja!... Múltiples contradicciones y quebrantos quisieron minar su fortaleza, pero fue inútil semejante intento, como es vano á las estrellas el empeño de refulgir brillantes cuando el sol arrebola el firmamento.

Del mismo modo que el gallardo risco sufre el azote de las olas que contra él se estrellan, las cuales rotas le descubren inmóvil y esperando, con igual firmeza, el

terco golpear de las subsiguientes, ella—
quieta y serena como el cristal del lago en
que el Empíreo se mira, y con esa concien-
cia límpida que aligera la carga del deber—
tomando bríos mayores de la acerba oca-
sión que de la próspera, cuantos más con-
tra y daños se la hacían, más arraigaba su
fe en el Divino Esposo, *Fuente* de todo bien
y *Luz* de toda luz.



Lo que varones esforzados de la Reli-
gión de los Profetas intentaron sin poder-
lo conseguir, lo realizó cumplidamente esta
humilde monja del convento de la Encarna-
ción...

Ella sola se bastó para reformar la orden
del Carmelo, y dejar sentado fascinador
ejemplo que pronto imitaron, á su vez, los
demás institutos religiosos.

Cuando Dios lo dispone una leve chispa
es suficiente para producir el más grande y
voraz de los incendios...

¡Ved á esa débil mujer: con sólo la semilla de su Gran Reforma rehizo y afirmó, sólidamente, las ciclópeas columnas que, en la tierra, mantienen enhiesto el altísimo trono del Señor!

Con la encantadora naturalidad con que se forma el arco iris en el grisado firmamento...

Con aquella ideal delicadeza que los mágicos colores, hijos de la luz, surgen tan luego como el radiante sol besa el vapor acuoso de la pasada lluvia...

Con dulzura tan gratísima como la fuente saltadora acaricia, susurrando, los atentos oídos del viajero...

Con tanta eficacia, en fin, como el luciente Febo, cuando rompe codicioso las crestas de los montes, deshaciendo suavemente la nieve que las tenía improductivas...

Así nuestra paisana, una abulense—más garrida que el guión de una palmera, y ornada de claridad tan esplendente que al mismo sol oscurecía—encendió la tea de su pluma y de su celo y, sobrepujando cuanto en mística y sagrada teología alcanzaron los santos y los sabios, prendió fuego al

universo entero, é inflamó y vivificó los corazones cristianos que estaban casi yertos.

¡Hurra, pues, al más valioso florón de la ciudad de Avila!

De esta ciudad ilustre llamada *de los Caballeros* por los muchos que en su cuna merecieron tan glorioso nombre, y en la cual el mayor blasón que se ostenta, la diadema más excelsa que orna su brillante historia, es haber dado al mundo ese singularísimo prodigio de la naturaleza y de la Gracia, que se llama *La Santa*.

*
*
*

Pero Teresa de Cepeda descendía de Adán y, como toda criatura humana, tenía que pagar, y pagó, el fiero tributo de muerte debido á la culpa original.

Mas si añoranza asoladora de íntimas evocaciones ensombreció, por un momento, el espíritu de las moradoras de sus *palamarcitos*, tiñéndolos de natural mancha de

lutos y crespones, su dulcísimo y sugestivo encanto no ha muerto, ni morirá, para las generaciones que la hemos sucedido.

A toda hora (cual si estuviera personalmente entre nosotros como una realidad viva) la vemos en la lumbre inestinguible de su *Camino de Perfección*; de sus *Conceptos de amor de Dios*; de su libro de *Las Moradas*; y de todos sus escritos que tratan del mundo espiritual y divino, porque en todas sus obras se aspira—cual si estuviera cálido aún—el halo dulcísimo de su celeste amor.

La vemos en sus templos y fundaciones, en cuyo ambiente parece que revolotea aun su espíritu inflamado llevando, hacia la Soberana Esencia, á las almas ansiosas de verdad, y arrancando á los corazones los afectos más hondos y piadosos, con igual suavidad con que brotan, al pie de las montañas, los frescos y callados manantiales.

La vemos resucitada en la falange de sus hijos y sus hijas, seguidores de su apostólica doctrina...

Y en la devoción y fervor de sus paisanos...

¿Qué más?... Si hasta parece que sólo está dormida en la misma tumba, en la cual, por gracia providencial, se mantiene incorrupto su sagrado cuerpo...



Es el sepulcro la última caridad del mundo, dando un reducido lugar á nuestras cenizas.

A la puerta marmórea de ese postrer hogar acostumbran á escribir,—ora la admiración, ora el cariño—ciertas breves palabras, llamadas *epitafio*, que sirven como de retrato moral de quien ya no existe.

Semíramis, mujer insigne que reconstituyó á Babilonia librándola de los sucesores de Mardokente, dejó dicho que se grabara en su sepulcro este epitafio: *La naturaleza me hizo mujer, pero mis acciones me han hecho igualarme en gloria á la de los mayores hombres.*

En la tumba de *Platón*, genio de elevados sentimientos y de ardiente espíritu, se

puso este letrero: *Esta tierra cubre su cuerpo y el cielo contiene su alma.*

Sobre la de Cervantes, príncipe de la literatura española, se esculpieron las siguientes frases: *Caminante; el peregrino Cervantes aquí se encierra; su cuerpo cubre la tierra, no su nombre que es divino.*

Si algún día—¡pluguiera á Dios fuese mañana!—llegara Avila á colocar junto á la cuna el cuerpo sagrado de Teresa ¿qué epitafio se pondría en su sepulcro?...

Teresa tuvo además de la gloria de Semíramis el valor esforzado de Judit.

Al genio imperecedero de Platón se unieron en ella el celo de Elías y la discreción de Dévora.

Empleó en sus obras el nitido lenguaje de Cervantes escrito con la pluma celestial de San Isidoro, doctor de las Españas.

Es, entre los santos fundadores, la única mujer merecedora de que, en el grandioso templo del Vaticano, se la haya erigido rica estatua, en cuyo pedestal se inseribió este hermoso título: *Mater spiritualium*: madre y maestra de cuantos viven la vida del espíritu.

Y en todo el globo, de uno á otro polo, tanto nacionales como extranjeros; y lo mismo católicos que protestantes, todos proclaman su angusta fama y todos enaltecen su esclarecido nombre.

Oierto día, un ente miserable (1) influído por el Genio del Mal, trató de mancillarles... ¡Nunca lo hubiera hecho!

Además de que su ruín intento duró tan sólo lo que tarda en pasar el agua por la tela de un cedazo, fue presto y duramente castigado por la maldición mundial y por la cólera celeste....



En presencia de la muerte la naturaleza queda sin armas: se paraliza y enmudece.

Por eso en las sepulturas de los cuerpos humanos se escribe esta locución aterradora: *Aquí yace.*

¿Qué añadiríamos nosotros á estas dos

(1) Catulle Mendes, quien murió desastrosamente á poco de publicar su VII libelo.

lacónicas palabras, tratándose de la esposa mística de Cristo; del mayor milagro de la gracia sobre la naturaleza pecadora; de la que es, en fin, entre los santos, quizás la de mayor aprecio en el corazón de los cristianos?...

¡Ah!... Sólo se nos ocurre este epitafio:
Aquí yace La santa.

Avila 14 de Octubre de 1915.

la obra de la vida, la vida de la obra
 que es de Cristo, del mayor trabajo de la
 vida, de la vida de la vida, de la
 que es en la vida, en la vida, en la
 de mayor trabajo en el mundo de los
 trabajos.

¡Ah! solo se nos da esta vida
 que es la vida.

VITA ET MORS

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Canto primero.</i> —En el Cementerio	5
<i>Canto segundo.</i> —¡Tus muertos viven!	27
<i>Canto tercero.</i> —El temor santo	41
<i>Canto cuarto.</i> —La amistad debida á Cristo.	53
<i>Canto quinto.</i> —Obligación debida á nuestros muertos	61
<i>Canto sexto.</i> —¡Orad por los muertos! tos!	69
Epitafio para el sepulcro de Santa Teresa de Jesús	77

INDICE

Págs.

6	Canto primero.—En el Cementerio.
24	Canto segundo.—¡Los muertos viven!
41	Canto tercero.—El temer santo.
53	Canto cuarto.—Las misas debidas.
55	Canto quinto.—Obligación debida a
61	nuestros muertos.
69	Canto sexto.—¡Orad por los muertos!
77	Epitafio para el sepulcro de Santa Teresa de Jesús.

Obra Social

DE LOS

PREMIOS PERSONALES

Y

FOMENTO DE LECTURAS GRATUITAS

El mercantilismo literario moderno parece inspirado por el espíritu satánico de la Revolución cosmopolita. En España, como en el extranjero, ha suscitado este mercantilismo una confusión de ideas respecto á los principios más esenciales para la salud de los pueblos, merced á la cual medran y se enriquecen empresas editoras que han hecho tabla rasa de la dignidad del escritor, de los sentimientos religiosos del pueblo, de la honestidad, que fue siempre patrimonio de las almas privilegiadas, de la honradez de la masa social, en una palabra, de todo el sentido ético, inspirador de la grande, de la gloriosa literatura española.

Con pretextos de resurgimiento ó renacimiento de nuestra literatura, ven la luz Bibliotecas en las cuales, con promiscuidad escandalosa, se publican libros de autores católicos de la mayor ortodoxia al lado de los más procaces y criminales engendros de una inspiración demetada y pestilente que bajo el nombre de *naturalismo* encubre la más punible inmoralidad con que escritores sin pudor tratan de corromper á la juventud excitando

do sus pasiones, envileciéndola é inhabilitándola por tanto para la lucha por los grandes ideales.

¿Qué razón puede explicar esta convivencia, en una misma empresa, de escritores que son lustre y decoro de nuestra moderna literatura con los que la vilipendian, revolcándola en el cieno propio de dorados lupanares?

Contestaremos á esta pregunta en forma ruda, pero clara: En la mayoría de los casos, la necesidad, el hambre.

A tal escritor de grandes arreos que nace á la vida pública sin amparo, sin que le tienda su mano amiga una sociedad exprofeso fundada por los buenos para enderezar sus primeros pasos en el difícil camino de la producción literaria, le sale al encuentro el editor sin conciencia que unas veces por ignorancia, otras por maldad, pero siempre inspirado en el mercantilismo imperante, le brinda protección económica. He aquí el lazo hábilmente tendido al joven inexperto, el cual, como en tela de araña, formada por el oro deslumbrador, se verá preso por toda su vida, contribuyendo, mal de su grado, al engrandecimiento económico de una empresa, sembradora de infamias, que repugna á sus sentimientos generosos, á sus ideas religiosas, á su dignidad de escritor. He aquí al moderno siervo de las letras que, sin redención posible, ha de colaborar como compañero en un hogar mismo con los que deshonran al arte poniéndole al servicio de las más bajas concupiscencias.

Y no pidamos á estos escritores esclavos el heroísmo de romper la cadena que á ciertos editores les ata. Bastante harán, si lo hacen, con no vender su conciencia y seguir escribiendo sin renunciar al ideal, que ya esto supone un heroísmo. No perdamos de vista que el bueno necesita también ambiente propio y lo humano es caer en la tentación cuando es hostil el medio en que se vive. ¡Cuántos y cuántos habrán claudicado en esta atmósfera en que no ven amplios horizontes económicos sino haciendo de su conciencia una vil mercancía!

Como siempre es el mal engendrador de nuevos males, estos esclavos del editor escéptico, producen otros

nuevos esclavos, pues contribuyen con sus obras á enriquecer empresas divulgadoras de errores é inmoralidades que esclavizan y envilecen las almas y destruyen la salud de los cuerpos.

Pero ¿es que la sociedad presente, sobre todo los católicos, pueden presenciar impávidos este inminente peligro que amenaza dejarnos sin lecturas recreativas honestas, más aún, sin escritores libres, conscientes de su misión altísima, sin hábiles sembradores del bien que combatan á nuestro lado por Dios, por la Patria y por esta misma Sociedad que es empujada por tales derrotos á la catástrofe más espantosa?

¿Es que muchos escritores que de buen grado resistirían á las seducciones de tal Editor que no ve en la obra literaria sino una mercancía y en el autor una inteligencia á explotar, han de quedar irredentos, amarrados al duro banco de la empresa explotadora que los trabajará de continuo para que abandonen sus santos ideales y den gusto á la depravación humana que pide obras excitadoras del vicio, esas obras que alcanzan el mayor éxito en los mercados?

Este abandono sería criminal y un estigma de ignominia para las personas honradas que lo consintieran.

Los católicos, es más, las personas decentes, tenemos el deber de redimir á estos modernos esclavos y desecar, en cuanto nos sea posible, esas ciénagas pestilentes de la literatura pornográfica y sicalíptica.

¿Cómo ha de hacerse?

Tenemos una base que puede servirnos á maravilla para realizar el milagro.

De monumento levantado á la sana literatura contemporánea, por la generosidad de muchos católicos españoles, califican cuantos saben pensar alto y sentir hondo, la colección de *Biblioteca PATRIA de obras premiadas*, la cual cuenta hoy afortunadamente con más de un centenar de obras, que van siendo solicitadas por un público que quiere saborear las lecturas honestas; esas lecturas que—sin las floñeces que, aunque respetables por su intención, hacen ineficaz á la producción literaria llamada blanca

para combatir las naturalistas y obscenas—procuran mantenerse en aquel medio artístico que presenta el vicio en su repugnante desnudez y la virtud con aquella simpática y atrayente aureola que la hace amable aun á las inteligencias extraviadas y á los corazones corrompidos. Este medio artístico en que se inspiraron los clásicos, ha hecho triunfar en toda la línea á la *Biblioteca PATRIA*, una de las más preciadas obras del *Patronato Social de Buenas Lecturas*. Porque hay que desengañarse: la procacidad y la desvergüenza están reñidas, cierto, con el arte verdadero; pero no lo están menos la floñez insulsa y la pueril vacuidad que una crítica simple y pacata quisiera traer á la moderna novela española, la cual con harta razón sería desdeñada por el público español acostumbrado á saborear el arte excelso de nuestros clásicos y de sus seguidores, cada uno de los cuales, bien que ayunos de floñeces, ha sido por lo común un gran moralista.

No ha llegado, sin embargo, esta obra de saneamiento literario al límite de sus aspiraciones. Larga y penosa experiencia ha enseñado á sus fundadores que falta aún mucho camino que andar para el logro de sus santos propósitos.

Arrancar de los hogares esas semillas de depravación con que muchos escritores modernos tratan de prostituir á la juventud, destruyendo á la vez los vínculos de la familia al destruir las costumbres cristianas, no es obra de un día, sino labor de tiempo, labor de libros sanos distribuidos en inmensas ediciones, á ser posible, gratuitas.

No es, por desgracia, en nuestra época de crudo positivismo, suficiente acicate para el artista, siempre generoso, el puro ideal que en otros tiempos le hiciera amar el bien por la belleza y santidad del bien mismo. Hoy, salvo excepciones honrosas, es el éxito económico la musa inspiradora de nuestra juventud literaria. Las sectas anticristianas han herido en la médula hasta ese punto á las sociedades modernas. Preciso es, por consiguiente, subvertir los términos en que el problema parecía estar planteado para nuestros escritores. Necesario

es que el éxito esté para ellos en nuestro campo, en el campo de los que aman el bien, de los sustentadores de la verdadera belleza en el arte, en una palabra, en el campo de los católicos. Para ello basta querer. Pero la sociedad presente está atacada de una somnolencia y de una abulia desconsoladoras y los llamados á estas luchas necesitamos despertarla, fortaleciendo de algún modo la enferma voluntad de unos y de otros.

¿Quién ha de hacerlo? Esta es la misión de los elegidos, de los incontaminados, de las personas de acción social, de aquellos católicos y católicas amantes del bien hasta el sacrificio.

¿Cómo ha de hacerse, repetimos?

Una obra bien conocida ya, la *Obra social de los Premios personales y fomento de lecturas gratuitas*, viene llamando á las puertas de los hombres de buena voluntad y golpeando en ellas con rudo y enérgico toque les grita: Levantad vuestros corazones á la altura de las circunstancias, á la altura que de vosotros demandan las necesidades de la época, para que la sociedad en que vivis se levante también del fango de las concupiscencias en que se ahoga, y en el cual la perversidad de escritores sin pudor quiere que se revuelquen vuestros inocentes hijos. Redimidlos con vuestra generosidad de la atmósfera de cieno pestilente en que se asfixian. Fundad un *Premio personal*, según el Reglamento de esta institución, ya para premiar generosamente las mejores obras inspiradas en la moral cristiana,—orientación única que eleva y dignifica al verdadero arte literario al par que á los pueblos,—ó bien para editar obras de sanos principios en vastas ediciones gratuitas.

Penetraos del santo fin de la *Obra social de los Premios personales*; identifícaos con ella y podréis decir ante Dios y ante los hombres con la conciencia tranquila: Lejos de poner mi mano como piqueta demoledora sobre la sociedad cristiana, lejos de cruzarme de brazos, abandonando con punible indiferencia á mis hermanos ante la ola de cieno que avanza, mi entendimiento, mi voluntad y mis recursos económicos los he puesto al ser-

vicio de los que esparcen estas buenas semillas que han de restaurar en el bien la literatura contemporánea. Gracias al **Premio que he fundado** y que otros fundarán á mi ejemplo, el escritor que por instinto ama el bien como ideal del arte, aunque por natural egoísmo humano busque el éxito económico, podrá romper la odiosa cadena que le ata á la casa editorial escéptica, se decidirá á orientar sus obras por el camino de las virtudes, hará correr su pluma por el sendero del bien, inspirará su mente en la moral católica, santo ideal que ha de salvar á las sociedades del abismo abierto ante sus plantas; gracias á mi esfuerzo, el alimento intelectual de mis prójimos, tal vez el de mis propios hijos, divulgado gratuitamente, no envilecerá ni prostituirá sus almas.

A obra tan grande y tan acepta á los ojos de Dios os invita el *Patronato Social de Buenas Lecturas* (1).

Realizadla; y como dice el ilustre autor de *Los daños del libro*, el sabio Prelado tarraconense, apóstol de las buenas lecturas, refiriéndose al nombre del buen protector de la propaganda católica, «lo recordarán, elogiarán y bendecirán, los entendimientos que su lectura ilumine, los corazones que mueva, las almas que fortifique y alimente.»

NOTA.—Todos los católicos que se sientan movidos á la fundación de un Premio de su nombre para el fomento de las buenas lecturas, según el espíritu de esta obra, pueden pedir cuantas noticias deseen, al Director de la misma, oficinas del *Patronato Social de Buenas Lecturas*, Bailén, 35, principal, Madrid.

(1) A ninguna otra acción social puede aplicarse con mayor exactitud la frase de Balmes: «Ahogar el mal con la abundancia del bien» como á esta que procura la abundancia de los buenos libros gratuitos, alimento sano de los espíritus, alimento que es anterior y de mayor urgencia que el de los cuerpos, pues se refiere á la consecución, no de esta vida efímera, sino de la vida eterna.

REGLAMENTO

DE LA

Obra Social de los Premios Personales

Y FOMENTO DE LECTURAS GRATUITAS

CAPÍTULO I

Objeto de la Obra.—Título.—Fundadores.

Domicilio.

Artículo 1.º Con objeto de combatir y extirpar, si posible fuera, la literatura pornográfica y la sicalíptica que infesta nuestros mercados y lleva á los hogares gérmenes de destrucción de la familia y de envilecimiento de la raza, y para estímulo de los escritores y divulgación de las buenas lecturas, se funda bajo el título de *Obra Social de los Premios Personales y fomento de lecturas gratuitas*, una institución llamada á ejercer grande influencia cristiana y educadora en la cultura nacional.

Art. 2.º A este propósito la Dirección de la Obra excitará constantemente á las personas que crea obligadas por su honradez y posición económica á ejercer funciones de tutela en la sociedad contemporánea, para que instituyan *Premios personales* con destino á los autores de libros morales y castizos, y á la edición de obras de sanas lecturas, que verán la luz en la *Biblioteca PATRIA* de *obras premiadas* ó en otra de cultura popular y gratuita.

Art. 3.º Serán, pues, *Fundadores* de esta grande obra, contribuyendo á sus altísimos fines, cuantos patrio-

tas y buenos cristianos de ambos sexos deseen que la producción literaria, genuinamente española, vuelva á correr, libre de toda clase de pestilencias, por sus antiguos cauces, limpia y gloriosa, para honor de España y encumbramiento de la raza.

Art. 4.º Teniendo presente que es un deber de alto patriotismo procurar una estrecha federación de índole moral entre las repúblicas latino-americanas y su antigua metrópoli, podrán ser también Fundadores, — instituyendo *Premios designados con sus nombres*, — cuantas personas residentes en la América latina quieran patrocinar esta Obra.

Art. 5.º También deberán ser *Fundadores de Premios Personales*, además de las personas de ánimo generoso y levantado, atentas á la necesidad de las buenas lecturas, que elevan á las sociedades y enaltecen á los individuos, las entidades ó personas jurídicas — municipios, asociaciones de interés general, bancos, sociedades de crédito, industriales, mercantiles, agrícolas, etc., etcétera, (con cargo á sus presupuestos de propaganda estas últimas) — que, inspiradas en los mismos elevados principios y sentimientos, deseen fomentar con su concurso estos propósitos moralizadores y patrióticos, obteniendo así las simpatías y el aplauso del público para sus empresas y el mejoramiento y prosperidad de sus negocios.

Art. 6.º Esta Obra establece su domicilio en la calle de Bailén, número 35, principal, de esta Corte, y en el que pueda tener en el porvenir el *Patronato Social de Buenas Lecturas*, de cuyas excelentes obras forma parte.

CAPÍTULO II

De los Premios personales. — Sus clases,

Su concesión y destino.

Art. 7.º Toda obra premiada y toda edición de propaganda gratuita llevarán en las cubiertas y en la primera página de sus ediciones, en una *Cartela ó cuadro de ho-*

nor, el nombre de la persona que haya fundado el premio para que sirva de ejemplo á los buenos cristianos y buenos patriotas, y demuestre á la generación presente y á las venideras, que supo cumplir con su deber social, proveyendo, con elevación de miras, á la necesidad más perentoria de la época moderna, cual es la protección á los buenos autores y la propagación gratuita de libros morales, para sanear el alimento intelectual de las sociedades modernas que los enemigos de Dios y de la patria envenenan con toda clase de errores corrompiendo las conciencias y envileciendo los espíritus.

Art. 8.^o Las futuras ediciones de autores premiados *llevarán á perpetuidad en la portada el nombre del Fundador* del premio, aunque sean costeadas por otras personas.

Art. 9.^o Estos *Premios personales* se destinarán en todo tiempo y en primer término á fomentar las buenas lecturas recreativas, en razón á ser éstas las más buscadas y por ende, las que mayor influencia ejercen en la formación de la conciencia humana y en las costumbres públicas y privadas.

Art. 10. Los premios habrán de ser de dos clases: 1.^o Premios *para autores*; 2.^o *premios de propaganda ó de cultura popular gratuita* para la tirada de sucesivas y grandes ediciones de libros clásicos y morales de los mejores publicistas antiguos y de los modernos.

Art. 11. Los premios podrán ser *Perpétuos, Vitalicios y Temporales*.

Art. 12. Los Premios *Perpétuos* no podrán constituirse sino mediante la entrega, en una institución de crédito de la absoluta confianza del Fundador, de un capital cuya renta responda á su importancia. Ejemplo: para constituir un premio anual perpétuo de mil pesetas será necesario imponer en la Caja que el Fundador designe un capital de veinte mil pesetas al cinco por ciento de interés mínimo. En la misma proporción de interés se impondrán los capitales para premios mayores ó menores. Cada año se premiará con esta renta al autor del libro que los Censores y el Director de esta obra entiendan lo

merece, ó en su defecto se editarán ó reeditarán obras de sanas lecturas para repartir gratuitamente.

Art. 13. Los Premios *á perpetuidad* podrán instituirse desde el día ó por disposición testamentaria, consignando en la cláusula de fundación: que el capital ingrese en una determinada institución de crédito; que anualmente esta institución haga entrega de los intereses al Director del *Patronato Social de Buenas Lecturas* y éste á su vez al autor de la obra que la Censura señale. La acumulación de capitales é intereses, podrán servir en su día: 1.º para la rescisión de los contratos de autores con empresas no católicas, lo que supone **la liberación de estos escritores que ingresarán en el campo del catolicismo**, no prestando más su concurso á empresas demoleadoras de la moralidad pública y del orden social; 2.º—y en defecto del primer caso—para editar ó reeditar mayor número de obras, llevando éstas al frente, en las portadas y en cartela ó cuadro de honor, el nombre del Fundador.

Por la fundación de estos premios perpétuos seguirán realizando sus fundadores un bien social inmenso aun después de su muerte y vivirán con gratitud en la memoria de las generaciones venideras.

Art. 14. Como su nombre indica, se denominarán Premios *Vitalicios* á los que se instituyan para premiar ó editar obras buenas durante la vida del Fundador. Estos premios se concederán á los autores según su importancia pecuniaria, anualmente, ó cada dos años, si hubiere acumulación (art. 20.)

Art. 15. Se entenderán por Premios *Temporales* aquellos que se funden por uno ó varios años para premiar las mejores obras que se presenten cada año por el orden de prelación que se indica en el artículo 21.

Art. 16. Los Premios *Temporales* y los *Vitalicios* podrán ser transformados en Premios *Perpétuos* por disposición testamentaria de sus fundadores. (Artículos 12 y 13.)

Art. 17. Conviene la institución de los Premios de *Propaganda*, para la difución de las buenas lecturas, an-

te todo, al bien común y asimismo, particularmente, á las empresas industriales, fabriles y comerciales de todas clases, pues, además de ser una acción digna del mayor aplauso que les ha de reportar las simpatías del público, constituyen un gran reclamo para su particular negocio, de mayor efecto que ningún otro anuncio.

Art. 18. Agotadas que sean las ediciones de la *Biblioteca PATRIA*, ú otras de *cultura popular gratuita*, los industriales y comerciantes pueden constituir Premios de la razón social de sus casas con carácter de anuales para asegurarse así, al menos, un reclamo anual de esta especie, que tanto les interesa conservar.

Art. 19. El criterio de justicia que prevalecerá,—dentro de lo que hagan posible las circunstancias,—para la concesión de premios á los autores es el siguiente:

Los premios más importantes se concederán:

1.º A la firma más acreditada, cuando se trate de verdadera obra de arte.

2.º A la mejor obra de arte, aunque la firma no esté consagrada por la crítica y el aplauso público.

3.º A las mejores firmas, en igualdad de circunstancias de las obras.

4.º En casos excepcionales y circunstanciales difíciles de prever en un reglamento, la Dirección obrará en términos de prudencia, y siempre con arreglo á los altos intereses de la Obra.

Art. 20. Cuando la firma de un autor sea bien acreditada y merezca la obra un premio mayor que los fundados, porque el número de páginas traspase los límites de la novela corta, por el mérito excepcional del escrito ó por cualquier otro título, se podrán acumular dos premios de la misma persona para su concesión. Cuando, á la inversa, no tuviere mérito suficiente alguna obra, podrá dividirse en dos el premio.

Art. 21. Siempre que lo consienta la importancia y xalia de las obras á premiar, los premios se concederán á los autores por el orden de prelación en que hayan sido constituidos.

Art. 22. Una vez adjudicados á los autores los Pre-

mios Personales que con los elementos hoy disponibles puede discernir la Obra cada año, el remanente de los constituidos se destinará á premios de propaganda, ó sea á reediciones especiales de obras agotadas, ó á la edición, en *Biblioteca de Cultura Popular* gratuita, de buenos libros clásicos ó modernos de gran moralidad, en cuyas cubiertas se hará constar que estas ediciones han sido hechas á expensas del premio constituido por el generoso fundador de que se trate. De una parte de estas ediciones podrán disponer los Fundadores para destinar ejemplares á los centros que deseen y en los cuales sea más eficaz la propaganda de lecturas sanas.

El resto lo repartirá gratuitamente el *Patronato Social de Buenas Lecturas* entre sus miembros para que estos á su vez lo distribuyan á las clases populares.

CAPÍTULO III

De los Censores de la Obra.—Garantías de los Fundadores.

Art. 23. La índole benéfica y social de esta Obra y su carácter de perpetuidad exigen garantías de índole moral y económica para los fundadores, que deberán ser satisfechas. Al efecto, y por lo que concierne á la parte moral, esta Obra estará sometida siempre á la autoridad de la Iglesia, nuestra madre y maestra.

Art. 24. El Director de la Obra nombrará Censores literarios, encargados de examinar y aprobar las obras que opten á los premios, y cuando entre éstos no hubiera conformidad respecto al mérito para la concesión del premio á alguna de ellas, decidirá el voto del Director.

Art. 25. Para evitar compromisos á los Censores y para que en sus veredictos no pesen nunca influencias de ningún género, se reservarán en absoluto sus nombres.

Art. 26. Los Censores literarios cobrarán con cargo al *Patronato Social de Buenas Lecturas*, y como dietas, treinta pesetas por la lectura de cada obra premiada.

Art. 27. No se concederá por los Censores premios menores de 125 pesetas, y ésto cuando se trate de novelas cortas y de autores noveles—que por la sola publicación de sus libros obtengan ya ventaja en su comenzada carrera literaria,—ó de meras traducciones en corriente castellano (1).

Art. 28. El fallo de los Censores es inapelable y ningún autor podrá ejercitar derecho alguno contra él.

Art. 29. La Dirección de la *Obra Social de los Premios Personales* deberá remitir en pliego certificado á los fundadores de los Premios el recibo de cada autor, que acredite la entrega de la cantidad consignada, para lo cual se extenderán recibos duplicados, uno con el destino expresado y otro que se archivará en las oficinas del *Patronato Social de Buenas Lecturas*.

Art. 30. A los Fundadores de *Premios de Propaganda*, ya sean particulares ó pertenezcan á las industrias, al comercio, etc., se remitirán también en paquetes certificados ó por ferrocarril ejemplares de la edición que corresponda á sus premios, para que puedan donar-

(1) Contestamos en este lugar á algún crítico que ha manifestado su extrañeza porque «Biblioteca PATRIA» publica traducciones, no obstante su título, y hacemos constar que así se procede para contrarrestar las malas traducciones que tienden á contrahacer nuestro idioma, ocasionando á la lengua y á la moral pública daños inmensos. El público quiere conocer autores extranjeros; conózcalos enhorabuena, pero morales y vertidos al castellano con el cuidado posible. Sobre todo para nuestros hermanos los lectores de América tiene esa tendencia un valor patriótico imponderable, que repercute en España, porque allí se importan por los enemigos de su independencia, traducciones detestables sobre toda ponderación, con el perverso fin de desnacionalizar ó desespañolizar á aquellos países, corrompiendo á la vez que las costumbres, la lengua de sus descubridores. Allí sólo deberían leerse, para su bien, libros españoles de sanas tendencias: más aún, editados en España.—*N. de la D.*

los á centros ó bibliotecas en donde, según su criterio, más falta hagan las buenas lecturas; haciendo á la vez más eficaz el efecto de la propaganda.

Art. 31. Si en el porvenir esta institución dejase de publicar Obras premiadas, por circunstancias ajenas á la voluntad de sus Directores y que no pueden preverse, el *Patronato Social de Buenas Lecturas* queda obligado á destinar los intereses de los capitales colocados al fomento de obras permanentes de propaganda social, prefiriendo siempre las que hoy publica ó pueda publicar el mencionado *Patronato*, y haciendo constar en todas ellas que con esos capitales se han introducido mejoras en sus obras y dejando consignados en las mismas para perpétua memoria, los nombres de sus generosos Fundadores.

Art. 32. Para el caso improbable de que el *Patronato Social de Buenas Lecturas* dejase de publicar sus obras, los Fundadores de los Premios á perpetuidad deberán señalar en sus disposiciones testamentarias el destino que haya de dársele al capital de fundación.

Art. 33. En todo tiempo podrá la Dirección del *Patronato Social de Buenas Lecturas* ampliar y modificar estos Estatutos, entendiéndose que sus modificaciones no deberán afectar nunca á la esencia moral de ellos y sólo se harán en el sentido de progreso y en interés del fomento de las buenas lecturas, fin único de estas nobilísimas fundaciones.

AL QUE LEYERE

Tú, amable lector ó lectora, á cuyas manos llegue este libro, después de leído medita un rato sobre la siembra de las buenas ideas, de las sanas doctrinas que te propone la *Obra Social de los Premios Personales*; piensa en que tú mismo, cuya posición económica debes á Dios, estás llamado á evitar los tremendos daños que los malos libros causan á tus prójimos; piensa que toda persona de fortuna tiene por su misma riqueza un implícito deber de tutela sobre la sociedad, menor perpétuo; sobre la juventud desapercibida á quien corrompe, enferma y envilece la deshonesta novela, el cuento procaz, que con avidez lee á espaldas de los honrados padres. Piensa acerca del deber de los afortunados, de quienes dice lo siguiente un docto catedrático español (1):

«Nada mejor que el empleo (el cómo y el en qué) de la riqueza, pinta al hombre que la posee: á mayor alteza del fin á que se destina, mayor ennoblecimiento del trabajo y del hombre; por ello el rico que hace de su fortuna amparo del necesitado, *medio para la propagación de la cultura y de la moralidad* (cual es nuestro caso), escala para la ascensión de los humildes, instrumento

(1) D. Amando Castroviejo, en sus artículos sobre «Mutualidad escolar», *Revista Católica de Questiones Sociales*, núm. de Diciembre 1912.

para potencializar las fuerzas de la Patria ó para conseguir grandes y generosas empresas humanitarias, adquiere en la pública consideración estima y alabanza que no consigue el egoísta poseedor de inmensas riquezas destinadas á su personal uso, á la satisfacción de goces materiales, tal vez á herir con insolente lujo la pobreza de sus convecinos, si es que no se sirve de esa misma riqueza (don de Dios para el bien) para corromper la virtud ó mantener un enjambre de viciosos parásitos aduladores.»

No eres tú, ciertamente, amable lector ó lectora, de los últimos, sino de los primeros. Por ello no debés olvidar que puedes, y está en tu mano llenar esa hermosa misión de tutela que Dios ha impuesto á los ricos, —evitando inmensos daños á las almas y á los cuerpos— al dejar tu nombre escrito en libros más duraderos que la piedra y el bronce, en libros bienhechores, en los cuales resplandecerá tu memoria y un santo y altísimo ejemplo de tu vida que han de bendecir é imitar las futuras generaciones. Sembrar las semillas del bien es el bien más alto que puede recoger el hombre generoso y bueno, que sabe honrar á Dios y amar á sus semejantes, pues en él van realizadas las tres primeras obras de misericordia.

Lee el Reglamento de los *Premios Personales*, y en ese documento verás toda la grandeza de esta Obra. Verás también el modo en que puedes secundarla.

Movido que sea tu corazón por tan noble y generoso impulso, no lo dejes para luego; aprovecha la inspiración del bien que sólo envía Dios á las almas privilegiadas; firma la siguiente Carta provisional de fundación, enviándola al Director de la *Obra Social de los Premios Personales*.

Y, una vez fundado el *premio de tu nombre*, sentirás la grande satisfacción del deber cumplido: habrás dado un buen ejemplo que imitar á los que tienen mayor fortuna que tú, y habrás esparcido sobre la sociedad las semillas de la moralidad y de la honradez.

LA DIRECCIÓN.

El presente documento es una copia provisional de la Carta Provisional de Fundación de la Universidad de los Andes.

El presente documento es una copia provisional de la Carta Provisional de Fundación de la Universidad de los Andes.

Acto 100

El presente documento es una copia provisional de la Carta Provisional de Fundación de la Universidad de los Andes.

El presente documento es una copia provisional de la Carta Provisional de Fundación de la Universidad de los Andes.

Acto 100

Acto 100

Acto 100

CARTA PROVISIONAL DE FUNDACIÓN

Universidad de los Andes

.....
.....
.....
Obra Social de los Premios Personales
.....
.....

CARTA PROVISIONAL DE FUNDACIÓN

D..... provincia de..... calle..... domiciliado en.....

núm..... se propone fundar un premio de su nombre de Pas..... anua
les, y para ello ruega á la Dirección de la *Obra Social de los Premios Personales* se sirva remitirle una Carta
de fundación que llenará y devolverá á esas oficinas, con los detalles oportunos (1).

Firma.

(1) Córtese esta Carta provisional por la línea de puntos, y envíese bajo sobre y franqueando como carta á la calle de Bailén, 35, prnl.; á nombre del Director.

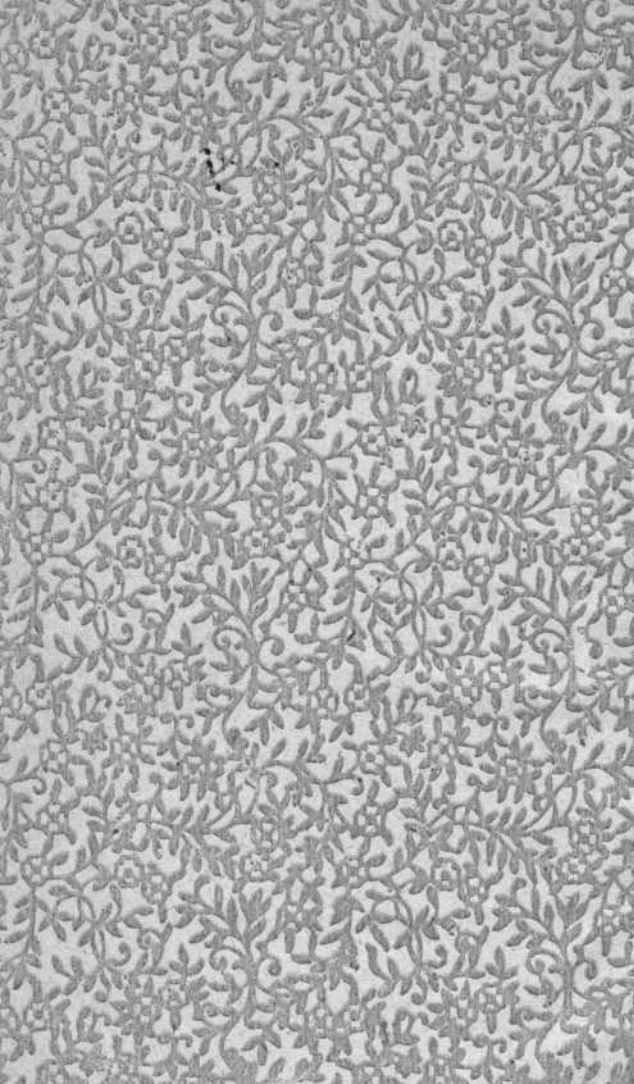












MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN IV

Libros en los que se alude a Santa Teresa de Jesús,
citando textos relativos a sus Obras o a su Historia.

Número.....	1783	Ptas.
Estante.....	125	»
Tabla.....	3	»

17

